

LOS FUNERALES DEL DIABLO



**El Primer Astronauta Mexicano Nery Vela,
Y el Escritor David Rangel Tapia.**

David Rangel Tapia

Federico Wagner despertó de súbito. Tenía la frente empapada de sudor. Pensó: "Tuve un acceso de locura". Poco después, entre la bruma del sueño, comprendió que había alcanzado la Gran Revelación, que se resumía en una fórmula simple: Control de la Herencia Genética; Más Control del Medio Ambiente, más un Programa de Condicionamiento Pavloviano, era igual a la Sociedad sin Emociones. Había encontrado el camino para forjar la Nueva Humanidad. Esa noche no pudo conciliar el sueño. Entonces llegó el tiempo de la desgracia...

-- CAPITULO UNO --

Fue una mañana lluviosa y gris de 1929, cuando Adolfo Wagner conoció el miedo. Ese día salió temprano de su casa y decidió caminar un poco por las calles húmedas y llenas de lodo, antes de tomar el desayuno. De súbito, por el otro extremo de la calle, vio una turba negra que se movía furiosa. El grupo de jóvenes alemanes, militantes del Partido Nacional Socialista, se detuvo en una tienda de alimentos. Uno de ellos sacó una brocha mientras otro le arrimaba un bote con pintura roja. Dibujó en el muro sin estética la Estrella de David (el símbolo de los judíos), en tanto que cinco rompían los cristales del aparador y penetraban por la puerta con violencia. Poco después salieron empujando a un anciano y a su mujer. Los escupieron, los golpearon, los arrastraron en el lodo fétido. Alguien, uno de ellos, sacó un papel con boñiga de vaca y se los embarró en las ropas. Otro, un mozo alto y rubio, recitó una parte fundamental de la doctrina del partido, sobre la decadencia de la raza judía. Adolfo sintió asco y miedo. Luego de la agresión pública, la turba salvaje volvió a perderse mientras gritaban consignas contra la raza que había propiciado todos los males de la Alemania de Hitler. Perdió el hambre.

La pareja de ancianos judíos volvió a unirse para consolarse mutuamente. El espectáculo atrajo la curiosidad de unos pocos caminantes. Unos, los judíos, reaccionaron con rabia ante la osadía de los jóvenes fanáticos. Otros, alemanes del partido, vitorearon la valiente acción de su juventud. Mientras que los alemanes demócratas y disidentes al fenómeno del nazismo, reprobaron con indignación el ataque de Las Camisas Negras. Pero Adolfo Wagner guardó silencio. Se quedó paralizado y contempló desde lejos cómo los ancianos se levantaban del lodo. Miró sus ropas llenas de estiércol y sintió compasión. Pero se quedó inmóvil, tieso, como muerto.

Adolfo daba clases en una pequeña universidad del puerto de Bremen. Era ingeniero en metalurgia, y se daba cuenta de que los intelectuales eran mal vistos por los jefes del partido, sobre todo por el doctor Goebbels. Había otra cosa más, para sentir el miedo por las juventudes hitlerianas: su madre era judía, y sin duda tenía sangre judía en sus venas, por lo cual era un blanco fácil de ser atacado en

cualquier momento. Volvió a sentir miedo. Su padre Guillermo, había combatido en el Ejército del Zar, y murió por una causa que no comprendía, y que 61 no comprendió. Su madre, Esther, tenía ya 50 años. Ambos vivían en un pequeño apartamento de la calle Bismarck. Habían disfrutado de la comodidad de la clase media alemana, luego de la guerra. Caminó hasta que sus ojos lograron ver el puerto. El horizonte gris le pareció una imagen real de su querida Alemania. En un principio se negó a admitir que el nazismo descargara con brutalidad sus principios ideológicos. Esos principios nacidos durante la prisión de Hitler. Esos principios que brotaron del ardiente nacionalismo alemán, antes y después de la guerra. Era cierto. Acababa de presenciar una dolorosa escena de violencia contra su sangre. La lluvia apretó más y decidió refugiarse en la Universidad, en su santuario inmarcesible. Cruzó la puerta de madera bellamente labrada. Iba a subir los escalones que conducen a la biblioteca, cuando su compañero de cátedra Hans Horbieg, le dijo:

- Herr Wagner, unos hombres del Servicio Secreto han preguntado por usted entre sus alumnos. Lo buscan para interrogarlo sobre su pasado. Sospechan que usted forma parte de una liga de conspiradores contra el partido. Será mejor que se presente y aclare la situación, porque estoy seguro de que usted es un fiel alemán a la causa del Reich.

El rostro de Adolfo se contrajo en un rictus de sorpresa. Pero para no delatarse, asintió con la cabeza, y sin dejar de sacudir su impermeable respondió:

- El día es terriblemente feo, pero me presentará ante le delegación del partido de inmediato. Gracias Herr Horbieg. Hasta la vista.

- Hasta luego Herr Wagner, respondió Hans, mientras levantaba la mano derecha sobre el hombro, en el clásico saludo de Hitler.

Sumamente preocupado, Wagner volvió sobre sus pasos para llegar al departamento cálido donde se encontraba su madre. La encontró sentada, mirando a través U cristal mojado por la lluvia. Al acercarse ella le dijo.

- Ha comenzado la brutalidad contra los judíos. Lo he oído por la radio.

- Sí madre, yo lo vi en la calle.

- Es hora de emprender el éxodo, como hace años lo hiciera nuestra raza de Egipto.

- ¿Pero a dónde, madre?

- Iremos a América. Tenemos allá algunos parientes. O nos refugiaremos con los miembros de la Liga Judío Internacional. Pero en este país, no podemos estar. Hay peligro; mi instinto me dice que muchos de nuestra raza morirán por culpa de ese loco de Hitler.

- ¿Qué quieres que haga madre?

- Ve al puerto y arregla nuestra salida de Alemania. Hazlo ahora que hay tiempo.

- Bien. Volveré pronto. ¿Pero estás segura que lo correcto lo es huir?

- Sí. Somos judíos y en breve seremos víctimas del Imperio de Mil Años de ese loco. ¿O no has sentido que pende sobre ti una amenaza?

Sí. Hace poco fui informado de que agentes del Servicio Secreto me buscan por mi probable participación en una conspiración, pero usted sabe que no es cierto, y que además mi padre era alemán.

- Pero hay en tus venas sangre judía. Y ese loco nos odia, porque su padre también es judío. Pero él es intocable porque ahora lo veneran como "El Amado Fuehrer". Es mejor salir ahora que hay tiempo.

- Bien. Irá al puerto.

Eran cerca de las doce del día, cuando Adolfo llegó al puerto para adquirir un pasaje hacia América. Intentó comprar un boleto en una de las líneas mercantes con servicio de pasajeros. Se acercó a la taquilla, pero fue interceptado por un hombre vestido de negro, que portaba una Svástica en el brazo derecho. Sin mediar palabras cordiales, el hombre le solicitó su identificación. Wagner se la mostró. El hombre arqueó una ceja y le preguntó si era catedrático de la Universidad. Wagner asintió con débil voz.

- Herr Wagner -le dijo- usted no puede salir de Alemania hasta que no se haga una purga genética, ya que solamente los arios de raza pura pueden abandonar el país, mediante un permiso del Ministerio Internacional. Vuelva usted a su casa y espere. Yo anotaré su nombre y su dirección, para comunicarle cuándo puede iniciar sus trámites.

- Bien, dijo Wagner. Esperaré su llamada.

El hombre disfrazado de negro, hizo algunas anotaciones en un papel que contenía el emblema de la Cruz Gamada. Le devolvió su identificación, mientras exteriorizaba una sonrisa burlona.

- Me comunicaré con usted, Herr Wagner. Me comunicaré más pronto de lo que usted imagina.

De regreso, Wagner se entretuvo mirando a unos desarrapados niños judíos, que jugaban a la pelota en un porque inundado de agua y lodo. Ese retardo salvó su vida. Antes de que pudiera entrar a su departamento, una mujer gorda y temblorosa le dijo que su madre había sido arrestada por las camisas negras del Servicio Secreto. De inmediato se puso en contacto con amigos y parientes, para lograr la libertad de su madre. Se hicieron esfuerzos e intentos para sobornar a funcionarios del Servicio Secreto, pero los resultados fueron los mismos: Su madre fue interrogada y admitió ideas contrarias al Reich, tildando de paso a Hitler como un loco. Ahora permanecía en una prisión y lo más seguro, le dijeron, es que estaba muerta. No supo si fue el miedo al dolor, o el instinto de conservación, lo que le impulsó a aceptar el consejo de sus parientes y amigos. Era preferible huir a América, a ser encarcelado y muerto por los fanáticos del Tercer Reich. Los horrores en Alemania comenzaban. Su madre, le aconsejaron, era una mujer valiente y anciana, que enfrentaba su destino personal con el orgullo de su raza. Lloró. Pensó que su destino era morir también con ella, pero sucumbió al encanto de vivir unas horas más. Comprendió que debía salir clandestinamente de la Alemania contagiada por el odio y la locura de Hitler. Entonces comenzó el atardecer de su vida.

-- CAPITULO DOS--

Los días en Salaberna son ardientes. En cambio, por las noches el ambiente se vuelve húmedo y frío, mientras el lenguaje de los insectos y de las víboras, arrulla el sueño fatigado de los indígenas. Las noches huelen a montaña árida y los días calurosos provocan la expulsión de un sudor pegajoso, que empapa a intervalos la tierra sedienta. El día en que llegó Adolfo Wagner a este pueblo minero, hubo expectación y alegría entre sus moradores, porque ahora tendrían dos Dioses Blancos. Enclavado al oeste del Golfo de México, en pleno corazón de la Sierra Madre Oriental, Salaberna constituía una zona de refugio, segura y cómoda, para Wagner. Llegó de Alemania en la primavera de 1930, a bordo de un barco carguero. El capitán, un hombre de rostro curtido por el sol y el mar, le cobró 10 mil marcos alemanes por sacarlo clandestinamente. Era un barco griego, pero su tripulación era Suiza, para evitar los conflictos internacionales, surgidos durante la Primera Guerra Mundial. Adolfo tenía 28 años cuando llegó al Puerto de Tampico. Un poco desconcertado bajó y deambuló por las calles prehistóricas del poblado, hasta que pudo encontrar la taberna de un emigrante alemán, que huyó ante los barruntos de guerra que estremecían a Europa en 1914. Wagner pensó en un principio emigrar hacia Norteamérica, pero sus recursos económicos se agotaron con el paso de los días y el barco que esperaba nunca llegó. Días después, el tabernero le recomendó que fuera a visitar a Herr Spencer, asesor técnico en las minas de Salaberna. Le explicó que también había llegado escapando de la guerra entre Alemania y Austria-Hungría. Le dijo que merced a sus conocimientos mineros y a su exquisita presencia, había tomado gradualmente el control de la empresa propiedad de españoles. Le comentó que los indígenas le tenían por el Dios Blanco, mito extraído del pasado remoto y de la leyenda del Quetzalcoatl (La Serpiente Emplumada) Le dijo que fue un hombre blanco que instruyó a los indígenas en las técnicas de producción agrícola, y por esa prosperidad los indios lo consideraban como Dios. Le propuso que reuniera dinero trabajando con Herr Spencer en las minas, y que pasado un tiempo regresara al puerto para embarcarse a Norteamérica. Wagner dudó un instante, y consideró la posibilidad de que

no le diera empleo El tabernero, hombre maduro y que tenía 16 años en el puerto, le dijo que Herr Spencer le había dado ayuda para montar su negocio, ya que ambos llegaron a finales de 1914, huyendo de la Primera Guerra Mundial. Le dijo que venía dos veces por año al puerto, y que siempre recordaba con añoranza a su patria, y que sin duda estaba dispuesto a darle empleo, si le contaba cómo estaba ahora su nación y ponía énfasis en el Destino Alemán frente al Mundo.

- Es nuestro paisano, le dijo. Y sin duda que te dará empleo; en caso contrario, te ayudará a volver al puerto y aquí buscaremos el barco para que sigas tu camino.

Ambos platicaron hasta el amanecer y finalmente el vicio lo llevó a los límites del puerto, en donde abordó m viejo tren de vapor, que lo llevaría a Salaberna. Mientras esperaba el movimiento de la locomotora, Wagner se vio de nuevo de pie, atisbando hacia el horizonte y pudo presenciar cómo el mar acrecentaba la distancia entre su pueblo agobiado por un loco, y el nuevo mundo lleno de esperanza. Desde la cubierta del carguero, contempló cómo la playa devoraba al mar y sintió que el barco era deglutido por el Golfo de México. Ahora estaba rumbo a un pueblo minero.

El viaje duró 10 horas. Al atardecer Wagner descendió en la estación pintada de color oro; Caminó en busca de Herr Spencer. Las calles llenas de polvo, de maleza silvestre y de rocas, eran diametralmente opuestas a las calles de Alemania. Poco después llegó a un caserón construido por piedras de los cerros y preguntó en alemán por Herr Spencer. El indígena de piel morena no le comprendió. Se limitó a sonreír a aquel hombre rubio de ojos azules, que se parecía a su Dios Blanco. Wagner siguió preguntando hasta que comprendió que su lengua no era la lengua de aquel pueblo. Finalmente con señas y gemidos guturales, logró encontrar la mansión de Herr Spencer. Minutos después, frente a un jarro de licor, extraño para él, contó otra historia, sin decir que era judío; de cómo y por qué había decidido emigrar a América. Habló de Alemania; del triunfo del Nacional Socialismo; de sus teorías antirracistas; de la organización de la juventud hitleriana; del magnetismo arrollador de Adolfo "El Amado Furher" pero reconoció que la democracia y el liberalismo tenían el control del poder político, aún cuando Hitler acumulaba cada día, más victorias electorales. El encuentro

de ambos alemanes, tuvo lugar ahí, en el semiperdido pueblo minero de Salaberna, en la primavera de 1930.

Seis años duró Wagner como asesor de Herr Spencer, hasta que el desgastado viejo murió víctima de una complicación infecciosa. Hubo duelo general en el pueblo minero; días después de los funerales, la masa de indígenas presenció cómo el dueño de la mina -un descendiente de los españoles que llegaron por primera vez hacía 300 años-, le entregó el poder y el puesto de Herr Spencer a Wagner. Entonces comenzó la última parte de su vida ocupando el sitio del Dios Blanco. Wagner de 34 años decidió sostener amores con una bella indígena llamada Xóchitl. Le fascinó su rostro moreno, su cuerpo duro y delineado; sus ojos negros como los abismos de las montañas, su histórica docilidad y su pelo negro como las noches sin luna de Salaberna. Su amor fue clandestino. En ese año nació Federico Wagner, y pronto se convirtió en un mozo rubio con ojos azules, como su padre.

CAPITULO TRES

Los Aztecas llegaron a la Huasteca Potosina en 1429, obligados por la furiosa persecución de los Tapanecas, quienes los derrotaron cruelmente en 1428. El éxodo se inició en el Valle de México, y siguiendo por la margen del Río Moctezuma, los sobrevivientes llegaron a una bifurcación. Los antepasados de Xóchitl, decidieron separarse del grueso de la tribu para seguir al sacerdote Cuitláhuac IV, en tanto los demás siguieron su viaje hasta llegar al Río Pánuco, para asentarse en la Huasteca Veracruzana.

Al llegar a la Huasteca Potosina, los Aztecas combatieron para someter a las tribus de la comarca y hacerlos sus esclavos. Durante un tiempo devolvieron a la región el esplendor y el orgullo de su raza. Pero en 1630 llegaron los sifilíticos conquistadores. En ese año una nube de aventureros cayó como plaga indeseable sobre la Huasteca Potosina. Entre ellos venían asesinos, soldados, truhanes, sacerdotes y toda suerte de basura humana. Los Aztecas ofrecieron resistencia luchando con armas rústicas, pero terminaron sucumbiendo ante las armas de fuego y los caballos. Los vencedores destruyeron su cultura; prostituyeron la organización jurídica de la tierra; aniquilaron sus costumbres y los avances científicos de la medicina y de la astronomía, que los Aztecas heredaron de los Mayas. Luego de someter a las tribus de la región, los sifilíticos conquistadores comenzaron a usarlos como fuerza de trabajo para extraer, de las entrañas de las masas de roca, metales preciosos como oro y plata. Se enseñorearon de vidas y valores, hasta que llegó la Independencia Nacional en 1810. Destruídas las bases del feudalismo europeo, los indígenas pudieron disfrutar de un trato mejor: pero el mal estaba echo. Salaberna era ahora un pueblo semiperdido y sus reservas de oro y plata estaban llegando a su límite; la prostitución cultural había despojado de su identidad parcial a los Aztecas: El esplendor de la Nación estaba en franca agonía por culpa de los sifilíticos conquistadores. Y luego estalló la Revolución Mexicana, primer movimiento verdaderamente liberador de América Latina en el Siglo XX.

El nuevo gobierno concesionó la explotación de la mina a descendientes de los españoles. Y a pesar de que los indígenas tenían ahora un trato preferencial, habían sido

amputados de su pasado glorioso. Fue aquí, en este marco de circunstancias históricas y económicas, donde Federico Wagner aprendió a odiar el pecado.

Cuando murió su padre, Federico tenía doce años. Vio a su padre rígido, tieso, muerto, en un tosco ataúd de madera sin pintar. La voz de su madre lo sacó de su contemplación. Le explicó que su padre había muerto en un accidente en el interior de la mina, cuando inspeccionaba un túnel. Para consolarlo un poco, le dijo:

- El hombre es como una manzana que se pudre, porque le falta el espíritu de la tierra. Y todos tenemos que seguir el camino de la muerte. Un día nos uniremos a tu padre, en la Casa del Gran Espíritu, donde moran los Dioses de nuestros antepasados.

Federico no comprendió.

Su padre fue enterrado en el cementerio al pie de la montaña. Entonces supo que había perdido algo profundamente bello.

La noche en que aprendió a odiar el pecado, Federico Wagner regresaba de pescar en el río. Ese río donde 312 años antes, los descendientes de su madre lucharon contra los sifilíticos conquistadores. Ese río que nace en el Valle de México con el nombre del Emperador Moctezuma, y que prolongándose con el nombre de Río Pánuco, cruza la Huasteca Veracruzana para morir devorado por el Mar Atlántico. Federico caminaba de regreso a su mísera choza por la margen del río, trayendo unos pescados para la hora de la cena. Hacía tres años que su padre había muerto. Por las mañanas Federico trabajaba en la mina, y por las noches, con el cuerpo adolorido, escuchaba sin oír, los relatos de su madre. Le contaba sobre todo, cómo conoció a su padre en una tarde otoñal, en que guarecida de la lluvia recibió su primer beso bajo la frondosa copa de un árbol cuando tenía 16 años. Le contaba sobre la caverna subterránea donde yacían los huesos de los gigantes; le contaba cómo los sacerdotes Aztecas habían construido bajo la tierra, una ciudad de oro, parte con el tesoro del Emperador Moctezuma y parte con lo extraído del corazón de la montaña. Al llegar a su choza de ramas, Federico contempló la belleza de su madre, bajo la luz amarillenta y tenue de una vela. Colocó los pescados sobre la mesa de tosca madera sin pintar y fue a buscar un cuchillo para destazarlos mientras su madre salía al patio para sacar agua de un pozo: entonces llegó la hora de su muerte. Afuera el sol había

huído; Xóchitl descolgó suavemente la cuerda de 10 metros, en cuya punta iba amarrada una cubeta para extraer el agua. En eso estaba cuando dos hombres visiblemente borrachos la atacaron. A sus gritos desesperados (tres gritos), Federico salió de la choza con el cuchillo en la mano derecha. Los hombres (hombres corpulentos en medio de la noche) lo golpearon y lo amarraron con el mecate del pozo. Luego, impotente vio cómo su madre era violada y asesinada con el cuchillo que él llevaba. le cortaron suavemente la garganta. Esos hombres sin rostro (hombres corpulentos en medio de la noche) se convertirían en una percepción universal 45 años más tarde.

Federico tenía 15 años y comenzaba a superar la crisis de la pubertad. Al quedarse completamente solo (era un adolescente descastado), comprendió que la vida era cada vez más, una lucha deshumanizada por la supervivencia. El día en que sepultaron a su madre, Federico estaba de pie sobre el borde de un hueco en la tierra. Arriba, el sol calentaba el pellejo inclemente, mientras el aire levantaba el polvo seco con sabor a boñiga. Miró despacio y por última vez el ataúd de madera tosca sin pintar. En el momento en que lo descolgaban dos pares de manos piadosas. Vio cómo las piedras sedientas chocaban contra el féretro: de súbito tuvo la visión de que su madre se levantaba de la tumba (fue una ilusión del dolor. Entonces aprendió a odiar el pecado, y prometió ante el hueco de tierra que se cerraba por las rocas, que un día asesinaría el mal. Años después, recordaría con intensidad el día de su promesa. Entonces comenzó la ruptura total; el éxodo hacia tierras extrañas, donde hablaría con gentes extrañas que practicarían sin duda costumbres extrañas. En un principio se sentía desconcertado. Era un hombre (o un adolescente) sin pueblo. Era rubio, esbelto y con ojos azules como su padre. Su pueblo, el pueblo de su madre, no era su pueblo. El pueblo de su padre (ahora destrozado por la guerra y sin identidad) tampoco era su pueblo. Federico contempló la llama amarillenta de la vela que ardía sobre la mesa de madera tosca sin pintar. Vio el calendario rústico que estaba sobre los muros de ramas: Diciembre de 1951. El frío de la noche (o de su alma) lastimó hiriente cada célula de su cuerpo. Estaba ahí, como enajenado, contemplando una hoja rústica de calendario en un pueblo sin compasión a su dolor; era un pueblo

**indiferente a su tragedia: era un pueblo en agonía por la contaminación sifilítica de los conquistadores; era un pueblo devorado por la sífilis en espera de los Santos Oleos. Se miró a sí mismo y se sintió un yerto páramo; comprendió su incapacidad de amar; se sintió un fragmento de cagada incapaz de incorporarse a los gérmenes de la tierra. Entonces, con voz ahogada por el llanto se dijo:
- Yo nunca pedí nacer.**

CAPITULO CUARTO

Los viejos tablones crujieron bajo los pies de Federico. Con paso lento se acercó hasta la taquilla de los boletos, y preguntó la hora de partida. Tuvo que esperar tres horas bajo el agobiante sol de Salaberna. Antes de bajar las escalinatas para ir a orinar tras un raquíico arbusto, Federico contempló la vieja estación; conservaba la pintura color oro, de la lejana época de auge. Dejó su maleta (una vieja maleta de su padre) sobre la banca de madera tosca sin pintar. Sintió nostalgia al saber que nunca volvería más a su pueblo (el pueblo que no era su pueblo. Mientras recorría los cinco kilómetros que separan a Salaberna de la estación ferroviaria, Federico sintió que estaba perdiendo parte de su ser. Vestía un pantalón blanco de manta y llevaba una camisa de manta bordada con un símbolo Azteca que significaba Año Seis Águila. Cerca del mediodía vio que el horizonte se teñía de humo negro (el humo negro de la locomotora. Abordó el tren (quizás el tren que un día llevó a su padre. Y sintió que fragmentos de su vida quedaban en aquel pueblo ardiente, con noches frías que huelen a montaña árida. Venció el miedo al futuro incierto (quizá como su padre venció el suyo. Venció la tentación de quedarse para siempre en ese pueblo ardiente en donde estaban las tumbas de sus padres (cuerpos deshechos dentro de ataúdes de madera tosca sin pintar. No escucharía más los relatos de su madre; no oiría su historia de amor; no caminaría por la margen del río de la mano de su padre; no escucharía sus cantos en alemán ni los relatos de la Biblia. Comprendió que ahora estaba solo (como su padre estuvo solo. El viaje hasta la ciudad de San Luis Potosí, duró 20 horas. Al detenerse el tren en la estación, Federico extrañó los caminos polvosos (polvo con sabor a cagada) de Salaberna. Al principio, desorientado caminó por las calles adoquinadas con cantera rosada; contempló las plazas rebosantes de rosas húmedas; con curiosidad se acercó a una flor y la tocó, la besó, probó el sabor de sus pétalos (en Salaberna no había rosas. Contempló extasiado las majestuosas iglesias donde resaltaban en sus fachadas el arte Barroco (en Salaberna había una pequeña y vieja capilla construída con leche de cabra y arena con cal. Se entretuvo jugando en las fuentes con agua cristalina (el río en Salaberna llevaba siempre agua turbia. Correteó tras un

grupo de palomas que levantaron el vuelo para escapar de sus manos (en Salaberna no hay palomas. Por el momento olvidó su soledad y comprendió que aún quedaba un mundo hermoso (un mundo sin dolor, pensó.

CAPITULO CINCO

El Hospital Central fue construido en 1947, cien años después de que Marx escribiera el Manifiesto Comunista. Desde esa fecha fue conocido como "La Casa de la Misericordia", porque a él llegaban los miserables de la ciudad o de la región, para satisfacer el hambre. Ahí se hospedó Federico Wagner. Para conseguir dinero con el cual pagar sus alimentos, por las mañanas, temprano, salía por las calles para vender periódico. Por las tardes, antes de la llegada del ocaso, Wagner boleaba zapatos. En un mal día podía juntar un peso con cincuenta centavos, lo que era suficiente para pagar sus alimentos, que en promedio costaban un peso con veinticinco centavos. Llegó empujado por el hambre en el invierno de 1951. Ahí conoció a dos muchachos también huérfanos como él: Martín Stoner y Daniel Scrauf. Poco después, siguiendo los consejos de las monjitas que administraban el hospital, los tres ingresaron a la escuela. Por las noches, luego de trabajar y estudiar, dormían en las bancas duras del comedor. Así transcurrió su vida hasta que cumplió los 20 años. Al principio le disgustó la idea pero sus inseparables amigos le dijeron que bien valía la pena descubrir el secreto. Para ingresar a las juventudes masónicas, debería pasar por una iniciación. Ellos, le dijeron que se habían iniciado y habían encontrado un ambiente de fraternidad y sobre todo, descubrieron una filosofía personal que sin duda garantizaba su progreso. Wagner aceptó descorrer el misterio. Eran las seis de la tarde cuando llegó a la vieja casona, en cuya parte superior estaba un ojo en medio de una Escuadra y un Compás, labrados en piedra gris. Por un momento pensó en el Gran Ojo del supremo Espíritu del pueblo de su madre. De pie, inmóvil mientras observaba fascinado la Escuadra y el Compás, Wagner tuvo un ligero estremecimiento. Antes de que pudiera seguir reflexionando, sus amigos acompañados por tres miembros de la juventud masónica salieron a su encuentro y lo jalaron hacia un cuarto rectangular, ubicado en la planta baja del edificio. Comenzó entonces un singular interrogatorio previo.

- ¿Crees en un ser Supremo?, Le preguntó un joven de nombre Joaquín Shumer.

- No, respondió Federico.

- ¿Por qué?, Le inquirió insistente.

- Porque los dioses han sido inventados por el hombre.
- ¿Y cómo lo sabes?
- Mi padre me lo dijo (su padre llegó a esa conclusión, años después en aquel semisalvaje pueblo minero.
- ¿Qué sabes tú de la masonería?, Le preguntó Jorge Smith.

- Sé que es una sociedad secreta, porque me lo han contado mis amigos. Pero no sé nada más.

Le hicieron preguntas diversas sobre su propia vida. Poco después le taparon los ojos con una venda de color verde por fuera que tenía en medio una estrella blanca, y por dentro era toda negra. Lo subieron por una escalera de piedra en forma de caracol, hasta que se detuvieron frente a algo. Luego supo que era la puerta de acceso al Taller. Su acompañante, que lo llevaba fuertemente asido del brazo derecho, dio tres toques con los nudillos en la puerta. Esperó la respuesta sonora y musitó unas palabras contenidas en la Liturgia. La puerta se abrió. Federico fue conducido a un punto en donde pudo escuchar bullas en tono fúnebre. Luego fue sometido de nuevo a un interrogatorio por los presentes, y finalmente escuchó una voz lejana que ordenó a su acompañante que lo llevara para realizar el viaje simbólico. Se detuvo por tres ocasiones ante una voz, que lo incitaba a beber licor, a jugar baraja y dados, y que lo conminaba a todas las perversiones posibles en el mundo. Por toda respuesta, su acompañante rechazó las invitaciones al pecado, y dijo que el hombre debe buscar el reconocimiento social mediante el estudio, el trabajo y una conducta intachable. Al terminar el viaje simbólico (mientras regresaba al punto de partida), sintió que le picaban el ano con algo frío parecido al metal, y se indignó al grado de tratar de arrancarse la venda. Lo tranquilizaron diciéndole que era parte del ritual de iniciación. Federico les mentó la madre. Luego lo sacaron del salón y lo metieron vendado en algo que parecía un ataúd, con la diferencia de que al cerrar la tapa sintió algo húmedo que penetraba para empapar sus pantalones. Pensó que se estaba orinando. En realidad, luego supo que el ataúd cubierto de tela negra, estaba en el interior de una fosa con poca agua, sólo para asustar a los iniciados. Luego lo subieron sobre el vacío y lo empujaron, sintió temor, pero fue recibido en brazos por varios jóvenes que rieron estrepitosamente. Finalmente, luego de un sinnúmero de

bromas pesadas, lo bajaron de nuevo hasta el punto de partida. Ahí, en penumbras escuchó una voz lejana que le dijo:

- Federico Wagner, has recibido la luz material. Prepárate para recibir ahora la luz de la Fraternidad Universal.

Entonces su inseparable acompañante le quitó la venda.

Invierno de 1966: Antes de ocupar la Tribuna situada en el Gran Oriente, Federico Wagner se detuvo ante el Ara y posó su mano derecha sobre el triángulo iluminado por tres focos en forma de llamas; mientras musitaba la palabra sagrada, observó fascinado la Escuadra y el Compás. Caminó de nuevo y subió con premura los siete escalones que daban acceso al atril. Se detuvo y desdobló nerviosamente su trazado. Saludó:

- Hermano Guía (al tiempo que inclinaba su cabeza con reverencia. Hermanos todos (dirigiéndose a los jóvenes masones, que atiborraban el Taller rectangular. En esta ocasión quiero tratar un tema de interés general. En mi opinión, el Socialismo (cualquier tipo) y el Comunismo Científico, han dejado de ser alternativas futuras, como sistemas de organización política, económica y social para la humanidad. Carlos Marx, el profeta de la desesperación, el exterminador de dioses y de religiones, sucumbió al maleficio petrificante de sus limitaciones intelectuales y cronológicas. Marx y Lenin son hoy, mecías absurdos y desgastados. El marxismo, como doctrina, es decadente y feminista porque parte del odio: su principio es el homicidio colectivo de un estrato económico-social. Creo que dentro del Desarrollo Histórico, del Desarrollo Dialéctico de la Humanidad, el Comunismo Científico no es; la respuesta final a las ambiciones evolutivas del hombre. El Homo Faber, el Homo Consumus, desprecia hoy la doctrina ciega de la inmovilidad. El Homo Sapiens tiene ante sí, la verdadera alternativa del futuro: la construcción de la Sociedad sin Emociones. Hubo un murmullo que cobró fuerza dentro de los muros del Taller Rectangular. Wagner hizo una pausa y notó que sus Hermanos contenían el aliento en espera de seguir escuchando sus palabras. Y agregó:

- La superestructura social no puede descansar en la interpretación fosilizada y prehistórica, de que los fenómenos económicos regulan y determinan los procesos evolutivos; en mi opinión, es el hombre el que transforma al hombre. Con su inteligencia y vigor espiritual, produce

profundas mutaciones económicas, ideológicas y sociales. Marx propuso la organización de un comunismo nacido en los albores de la humanidad, a la cual embarró con los principios de la era tecnológica, pero no transformó los conceptos del hombre. Cuando escribió el Manifiesto del Partido Comunista Alemán en 1847, Marx conocía sólo la historia escrita; su mérito fue haber llegado por intuición, a comprender la organización económica de la prehistoria: Marx no fue un científico en la definición exacto de la palabra. En 1847, la historia de la organización social que precedió a la historia escrita, era casi desconocida. Posteriormente, Haxthausen descubrió en Rusia la propiedad comunal de la tierra; Maurer demostró que esta fue la base social de la que partieron históricamente las tribus teutónicas, y se descubrió que la comunidad rural, con la posesión colectiva de la tierra, fue la forma primitiva de las sociedades, desde la India hasta Irlanda. La organización interna de esa sociedad comunista primitiva, fue demostrada ampliamente por los descubrimientos de Morgan sobre la verdadera naturaleza de la gens y de su lugar en la tribu. Marx retornó a la prehistoria, para anunciar una doctrina que, carecía de originalidad y validez, pero llegó a esta conclusión por intuición, y no por un método de investigación científica. En cambio, la Sociedad sin Emociones que propongo, parte del principio de que la Psicología puede condicionar las pasiones perversas y las emociones y comportamientos nobles, elevados y puros. La sustitución de la respuesta-consecuencias, conlleva necesariamente a la mutación profunda de la humanidad, y de su superestructura social. No se trata de suprimir las emociones del hombre, se trata de condicionar su respuesta s-consecuencias. Propongo ahora, una ruptura total con el pasado reciente y remoto. Esa ruptura debe darse en todos los campos de la ciencia en forma radical e inmediata.

¡Es cuanto!

Al terminar su trazado descendió entre una nutrida batería; Wagner fue como invitado a su antigua Madre Logia, para disertar un trabajo que incrementara la cosmovisión de los jóvenes. Meses después, Federico Wagner habría de graduarse como psiquiatra, con honores, en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Entonces comenzó el tiempo de la desgracia.

CAPITULO SEIS

Otoño de 1996.

La calle está desierta.

Julio Ceballos camina despacio, mientras contempla cómo las hojas muertas caen de los árboles; sintió compasión al ver que el viento las arrastra sin dirección y las sacude con furia. Llegó a la esquina y miró en la lejanía la silueta delgada de una mujer. Recordó a Jenny. En su memoria se reprodujo fugazmente, el último instante de su vida: Jenny murió a los 22 años. Las imágenes mentales del pasado, le hicieron apretar con fuerza los labios, y sintió una opresión en el pecho. Mientras una lágrima bajó por su mejilla, Julio se llevó inconscientemente su mano derecha hacia la funda de ternera donde reposaba su pistola nueve milímetros. Dobló y llegó a un pequeño jardín donde había unos veinte árboles de eucalipto. La silueta de la mujer delgada se había perdido entre un módulo de casas color naranja. Julio se detuvo frente a un viejo edificio escondido entre los árboles; levantó el rostro y vio grabado en la parte superior del muro de contera gris, la fecha en que había sido construida la penitenciaría: 6 de Enero de 1887. Antes de cruzar la puerta de dos metros de alto por uno de ancho, contempló cómo los rayos pálidos del sol, besaban la sombría fachada. Mostró su identificación al celador principal, y momentos después fue conducido hasta el despacho del Director de la Penitenciaría, Félix Wald. Ambos estuvieron un rato sin hablar, hasta que Ceballos le dijo quedamente:

- Vengo de parte del Procurador Martín Stoner.

- Sí, él me llamó hace rato para darle las facilidades que requiera su misión. Sé poco sobre ella, pero me ha pedido que colabore con usted. Me ha dicho que es una prioridad, y que debe mantenerse en secreto. Puede usted pasar. Le he reservado un privado para su trabajo.

- Gracias, dijo Ceballos.

Fue conducido por un celador hasta una habitación con poca luz, en la cual estaba una malla de acero; detrás había un cristal a prueba de balas. Iban a ser las ocho de la mañana, cuando Julio vio entrar al área de seguridad a Rodrigo Gómez. Ceballos sacó entonces de entre sus ropas un expediente. El hombre detrás de la malla y del cristal contra

bolas, tomó asiento inquieto. Ceballos lo miró detenidamente. Era robusto y tenía dos grandes ojos negros. Su pelo lacio caía desordenadamente sobre su rostro cuadrado; en su mandíbula fuerte apareció una hendidura en forma de labios, tras los cuales emergieron unos dientes amarillos manchados por el cigarro. Tenía más de 40 años y vestía el uniforme negro con cuadros color naranja de la penitenciaría estatal; en el bolsillo del lado izquierdo tenía su número: 25367. Desde el otro extremo el hombre recorrió con su mirado asesina a Ceballos. Levantó las manos y simuló que se peinaba con los dedos la desordenada cabellera llena de tierra y piojos. Ceballos rompió el silencio:

- Este es tu expediente. Estás sentenciado a 30 años de prisión por el asesinato de tu mujer. El 17 de agosto le partiste la cabeza de un machetazo.

El hombre se alteró.

- ¡No me hables de esa puta! Eso era, una puta.

- Tranquilízate. He venido para proponerte la libertad, le dijo.

- ¿A cambio de qué?, Preguntó Gómez.

- A cambio de que vuelvas a matar.

- ¡Está loco pinche policía!

- No. Es en serio. Ahora matarás en nombre de la ley y de la justicia.

- ¿En verdad puedes darme la libertad?, Le interrogó con esperanza.

- Sí. Es verdad que puedo sacarte de aquí.

- Acepto, le respondió mientras simulaba que le estrechaba la mano a través del muro de vidrio. ¿Cuándo me voy?

- El viernes por la noche.

El hombre se despidió con un guiño del ojo izquierdo y abandonó la zona de seguridad. Poco después el celador regresó trayendo a César Montiel. Ceballos lo miró detenidamente. Sacó su expediente y se dio cuenta de que estaba ante un hombre verdaderamente peligroso, a pesar de su aspecto enclenque.

- Esta es tu historia delictiva. Estás sentenciado a 40 años de prisión, por la muerte de tres niñas a quienes cortaste la garganta.

La huesuda e inexpresiva cara del asesino se contrajo en un gesto de placer; sus ojos grises se hundieron más en las prominentes cuencas, y sus libidinosos labios dibujaron una

sonrisa. Se frotó ambos pómulos. Ceballos leyó un poco más sobre su conducta en la penitenciaría, y se dio cuenta de que Montiel tenía fama de asesino obsesivo: todos en la Penitenciaría del Estado le temían. Su último asesinato fue sangriento y cruel, según leyó Ceballos. Hacía poco menos de una semana, Montiel sorprendió a un reo en el interior del excusado y le perforó en 50 ocasiones con un grueso alambre mientras cagaba. Le atravesó los ojos, la garganta, el pecho, la espalda, el estómago y las nalgas. Sin duda que era peligroso, pensó Ceballos. Pero para su misión era el hombre adecuado.

- Vine para proponerte que me ayudes a matar; a cambio obtendrás tu libertad inmediata y no se te perseguirá. Podrás salir del Estado o del país si así lo prefieres.

- ¿Es en serio?

- Sí. Es en serio.

- Debo ayudarte a matar y luego seré libre. ¿Eso es lo que oí?

- Sí. Eso oíste.

- ¿Y cuándo me iré?

- El viernes por la noche.

- ¡Venga esa mano, colega!

Y el pacto fue sellado.

Salió de la zona de seguridad acompañado por el celador, y al poco rato entró un hombre alto, negro y adiposo.

- ¿Eres Paul Dark?, le interrogó Ceballos

- Yo soy.

Julio Ceballos miró el expediente. Estaba sentenciado a 32 años de prisión, por los delitos de homicidio, tráfico de drogas y robo. Toda una ficha negra, pensó.

- Seré breve. He venido a pedirte que te unas a mí, para realizar una misión clandestina.

- ¿Qué planea policía? Meter acaso cocaína al país, le respondió, mientras mostraba sus grandes dientes blancos.

- Iremos a matar.

- ¡Si se trata de eso, cuenta conmigo! Pero, ¿no es acaso una trampa para liquidarme?

- No. Es una oferta oficial.

- ¡Acepto, muchacho! Cuenta conmigo.

- Te irás el viernes por la noche. ¿De acuerdo?

- De acuerdo.

Y se perdió tras el muro de vidrio a prueba de balas. Lo último que vio de él, fue su cuerpo alto y su cabellera negra.

Desapareció tras la angosta puerta de metal que da acceso a las crujeas; poco después entró el cuarto hombre. Mauro Moreliano estaba sentenciado a 25 años de prisión por el asesinato de sus ancianos padres. Durante una de sus acostumbradas borracheras los había liquidado a balazos. Julio leyó su expediente. Sabía que esos cuatro hombres no regresarían con vida. Quizá tampoco él.

- Vengo a ofrecerte la libertad, le dijo secamente.

- ¿A cambio de qué?

- De que vuelvas a matar.

- ¿Y a quién debo matar?

- No lo sé.

Y era verdad. Julio Ceballos no sabía con precisión a quiénes debían matar. Cuando los cuatro hombres terminaron de aceptar su propuesta de libertad, iban a ser las doce. Ceballos tenía 28 años. Hacía un par que se había graduado como Licenciado en Psicología Criminal, y poco después recibió su nombramiento como Jefe del Departamento de Homicidios de la Policía Judicial del Estado. Vivía en el tercer piso de un edificio pintado de verde, ubicado en la calle 6 y la 13. El piso de su departamento estaba alfombrado con pieles de leopardo de importación; sobre la mesa de la cocina estaba un televisor con antenas de conejo. Julio Ceballos tenía la cara redonda y usaba unas largas patillas que remataban en una espesa barba negra. Al llegar se dirigió al refrigerador y sacó una botella con leche. A sorbos terminó un vaso. Miró a través de la ventana y vio a lo lejos, en la calle, dos perros que combatían. Un poco más allá, estaban las montañas azules; de súbito sintió nostalgia por el pasado y recordó a su amada Jenny. Bebió de nuevo un vaso con leche tratando de ahogar sus recuerdos. Era imposible. Vio el cuerpo desnudo de Jenny como aquella mañana trágica de hacía un año; creyó que miraba su vientre abultado en el cual crecía su hijo, el hijo que nunca conoció. Recordó la última vez que hicieron el amor sobre la alfombra de pieles de leopardo; recordó cómo después de bañarse Jenny abandonó el departamento para ir a la universidad donde estudiaba medicina; recordó que Jenny fue interceptada por dos hombres que le destrozaron las entrañas con un disparo de escopeta calibre 12 recortada; recordó que su hijo y su mujer fueron convertidos en fragmentos de carne, sangre y huesos. Nunca supo quién ni por qué. Él participó en la búsqueda de los asesinos y en una

ocasión detuvo a un hombre que, durante sus borracheras, se jactaba de haber cometido el crimen. Con el pretexto de enviar sus ropas al laboratorio, Julio Ceballos dejó al hombre desnudo y lo interrogó por más de 10 horas; uno tras otro, los agentes de Julio confirmaron sus declaraciones, hasta que el hombre destrozado psicológica mente, confesó haber inventado el crimen para sentirse importante. Volvió al presente. Tras el cristal de la ventana tuvo la sensación de que la gente era un montón de hormigas vestidas. Inmerso en sus meditaciones, dejó que el teléfono sonara por más de cinco veces. En forma mecánica levantó el auricular y contestó:

- Bueno.

En el otro lado de la línea estaba el Procurador Martín Stoner. Era un hombre de baja estatura con ojos claros y pelo corto al estilo de los militares. Tenía 60 años y siempre, desde sus años como estudiante y corno catedrático en la universidad, había vestido trajes de calle de color azul o gris. En ocasiones se maquillaba un poco el rostro para disimular su palidez. Era un hombre recio y recto, respetado por la comunidad. Era un hombre de quien nadie dudaba.

- Julio, buenas tardes, le dijo por teléfono.

- Buenas tardes señor Procurador, le respondió mecánicamente.

- ¿Se siente usted bien?

- Sí. Estoy bien.

- ¿Qué puede usted informarme sobre la misión que le he encargado?

- Aceptaron señor, hemos programado la acción para el sábado 12 por la madrugada.

- ¿Les explicó lo importante de esta misión?

- No señor. No hubo necesidad.

- ¿Saben que van a matar?

Sí. Incluso creo que se han alegrado.

- Julio, usted sabe que es una emergencia. De acuerdo a los informes recibidos por Inteligencia Militar, un grupo de rebeldes ha desarrollado armas biológicas que han usado esporádica mente sobre el país, y tenemos la certeza de que se refugian en ese poblado, ¿cómo se llama?

- Renacimiento Uno, dijo Julio.

- Sí. En ese poblado se refugian. Usted sabe que esta misión es clandestina, y que debe hacerla un comando de civiles. Si

hubiese una movilización militar, la atención de los medios de comunicación despertaría sospechas. Podríamos provocar pánico nacional, y hay, posibilidades de que hubiera repercusiones internacionales. Esta es una misión secreta. Usted sabe que si falla, la supervivencia de este país está en juego. Inteligencia Militar cree que se trata de un grupo de científicos extranjeros, que han montado un laboratorio para usar a este país como centro de experimentación. Desde luego, esto no puede manejarse abiertamente, porque de ser falso habría problemas en la política internacional, con la consecuente paralización de los financiamientos M imperialismo. En caso de que usted pueda liquidar a ese grupo, se han hecho los trámites diplomáticos para negar e ignorar todo. A ellos no les conviene un escándalo internacional. ¿Usted comprende?

- Sí, señor Procurador, entiendo.

- Hoy es lunes, le dijo. Faltan cuatro días para que su comando sea liberado y usted pueda actuar durante la madrugada del sábado. Antes, quiero que elabore un anteproyecto para que pueda supervisarlos Inteligencia Militar, y en caso de que requiera refuerzos se los daremos. Quiero felicitarlo de antemano y desearle suerte. Por cierto, ¿a qué horas ha planeado el ataque?

- A las dos de la mañana, le respondió Julio con voz mecánica.

- Bien. Haga usted una lista de lo que necesita y tráigala mañana personalmente.

El Procurador Martín Stoner colgó. El teléfono quedó suspendido en la mano derecha de Julio; poco después lo dejó caer pesadamente. Pensó que la petición de Stoner era extraña, pero estaba ovalada por el Estado Mayor de Inteligencia Militar, y además ¿quién podía dudar del Procurador Stoner?

CAPITULO SIETE

Ana Cellis estaba en los días de su menstruación, pero eso no le impidió bucear por varias horas en el Cenote Sagrado. Al llegar la tarde abandonó su búsqueda y se sentó sobre una roca para contemplar la agonía del sol detrás de las montañas. Ahora el panorama era un tanto tétrico. Ana se alejó del Cenote y caminó rumbo a su automóvil; sacó una amplia toalla de color café y se secó el cuerpo blanco y duro. Poco después recogió su equipo y decidió retornar a la ciudad. Por su pelo dorado escurrían gotas de agua; sus ojos verdes miraron una y otra vez la antigua tablilla que había extraído del fondo. Tenía unos símbolos grabados en los cuales pudo reconocer una fecha: Año Seis Águila. Cerca de los 38 años,

Ana Cellis era hermosa. Sin dejar de mirar la vieja tablilla recorrió en su mente todos los conocimientos adquiridos en la universidad y poco después llegó a la conclusión de que su hallazgo tenía más de 500 años. Era arqueóloga y heredera de una inmensa fortuna, que había dedicado por entero a la investigación. Durante sus años en la universidad, había aprendido que una era la historia escrita, y que muchas de las leyendas eran también verdades improbables por la rigidez de la ciencia. Ahora había encontrado una tablilla que, desde el punto rigurosamente científico, no era explicable. Su primer matrimonio fracasó por su marcado independencia personal; su segundo esposo murió en un accidente aéreo. Finalmente decidió que su destino no era el común y corriente y terminó por aceptar el amor libre. Colocó todas sus cosas dentro del automóvil y emprendió el regreso. El Cenote Sagrado estaba a 350 kilómetros de San Luis Potosí, cerca de las minas de Salaberna. Ahora era una región inhóspita, desierta; las casas de piedra se derrumbaban con el viento; por las noches se asemejaban a un cementerio sin memoria. Fue este pueblo, hace 60 años, testigo del inicio de la tragedia personal de Federico Wagner. Ahora no quedaba piedra sobre piedra; la vegetación, los insectos y las víboras, habían hecho su morada en las moradas del hombre. Ana tenía unos tres años explorando la región, en la búsqueda de los vestigios de una tribu Azteca que se había separado del grueso de una columna de emigrantes que finalmente se asentó en la Huasteca

Veracruzana; la historia tradicional no registraba esta separación, pero las leyendas regionales hablaban de la tribu perdida que había construido la Ciudad de Oro en las entrañas de la tierra. Esas leyendas hablaban de la caverna donde reposaban los esqueletos y las cabezas de los gigantes que señoreaban sobre el mundo hace mil años. Generalmente Ana pasaba unos cuatro o cinco días en esta región que le fascinaba; alquilaba un hotel a 60 kilómetros del pueblo minero muerto, asfixiado por la anemia de sus ricos yacimientos. Cuando llegó a su habitación solicitó de inmediato una conferencia de larga distancia; mientras recibía respuesta se dedicó a descifrar lo que parecía un código Mayo. De súbito sintió su soledad existencia y pensó:

- Si tan sólo tuviera un hijo.

Sonó el teléfono.

Poco después Ana había concertado una cita para desayunar al día siguiente en el Sky Room, con su amante Javier Romel. Esa noche no pudo conciliar el sueño, al descubrir una extraña profecía inscrita en la tablilla. Pensó: el mundo debe conocer mi historia.

Javier Romel llegó puntual. Faltaban cinco minutos para las nueve de la mañana, cuando Ana cruzó el umbral del hotel. Le dijo que se había venido al amanecer, conduciendo por la carretera 80, y que había recorrido los 350 kilómetros en cinco horas; venía vestida con su overol azul y parecía más bien una mujer ferrocarrilera que una antropóloga. Javier Romel le platicó un poco sobre sus investigaciones económicas, y le dijo que el director del área en la universidad, Daniel Scrauf, había desarrollado una extraña teoría económica sobre la autosatisfacción. Le comentó que su aplicación práctica era una utopía, pero insistió en que Scrauf defendía como válido su modelo económico, "en algún momento de la historia humana en el futuro inmediato". Javier calló y tomó suavemente por el brazo a Ana; ambos abordaron el elevador y llegaron hasta el piso ocho, donde estaba el restaurante. Recorrieron la distancia entre la puerta de acero y el amplio ventanal y se sentaron en una mesa pequeña con dos sillas. Ana rompió el silencio para decir:

- He descubierto algo importante. Encontré en el fondo del Cenote Sagrado, en la Huasteca Potosina, una tablilla con una extraña profecía escrita hace mil años.

- ¿Y tú crees en una profecía indígena escrita hace mil años?
 - En el campo de la investigación todo es posible, mientras no se demuestre lo contrario, le dijo ella en tono serio.
 - ¿Y qué dice la profecía?, Preguntó con curiosidad Javier.
- Mientras solicitaba que les trajeran la carta, ella le dijo:
- Escucha con atención. Aunque la traducción no es muy precisa, la profecía es la siguiente:
 - "El venado se acabará en las montañas. Y cuando su cola blanca no ilumine la espesura de la noche, entonces el Dios Blanco regresará para sacar de las entrañas de la tierra, la Ciudad de Oro".
 - Es una extraña profecía, dijo Javier. ¿Tú crees que se cumpla?
 - No. Pero como valor de investigación científica, prueba que en un pasado lejano una tribu se separó del grueso de los inmigrantes y desvió su ruta para asentarse en la Huasteca Potosina. Ese es su valor.
 - ¿Y el venado cola blanca está en extinción?, Le interrogó de nuevo Javier.
 - Creo que sí.

El camarero se acercó hasta ellos y les llevó una jarra de café humeante. Minutos después saboreaban un succulento desayuno. Ana volvió a romper el silencio:

- Tengo una idea. Buscaré debajo del Cenote Sagrado, quizá haya una Ciudad de Oro enterrada. Ambos rieron.

CAPITULO OCHO

El convoy de vehículos dejaba una amplia estela de polvo. A la cabeza del grupo iba Alfredo Villalba; en su rostro moreno se notaba la preocupación. Era un hombre cerca de los 50 y tenía más de 28 al frente del Departamento de Salud Pública. Mientras su jeep se movía sobre las rocas y la tierra caliente, leyó los últimos reportes: en menos de dos días habían muerto 600 personas víctimas de una epidemia aún desconocida. Eran atacadas por un virus cuyos efectos paralizantes del sistema nervioso central, tenían desconcertados a los químicos. Habían logrado aislar algunos, pero detectaron que eran diferentes a los virus conocidos: su estructura genética era nueva; en una decisión precipitada pero obligada por las circunstancias, habían aplicado algunos medicamentos para tratar los síntomas, sin obtener resultados. Las personas atacadas, todas ellas del medio rural, murieron a causa de paros cardio-respiratorios en forma por demás fulminante. Villalba cerró el expediente donde contenía además del diagnóstico previo, un cuadro de los síntomas y el tratamiento aplicado sin éxito. Pregunté cuánto faltaba para llegar al campamento; su chofer le dijo que unos 18 kilómetros. Villalba se acomodó su sombrero de fieltro negro; lo acomodó un poco hacia el lado izquierdo, y su ayudante comentó que se parecía a los jefes de la mafia italiana de los años veintes. Se quitó los espejuelos sucios por el polvo y el sudor. Los limpió. Entonces reparó en que ningún integrante de la brigada médica se había enfermado: se estremeció al pensar que la epidemia no era en verdad una epidemia; no se propagaba como las epidemias tradicionales; no mataba como las epidemias tradicionales; no eran los síntomas de las epidemias tradicionales y no eran los virus o gérmenes patógenos de las enfermedades tradicionales. ¡Dios mío!, Pensó, ¿y si fueran virus sintéticos? Una hora después, el convoy llegó por el camino sinuoso hasta donde estaba el campamento de la brigada de emergencia, situado a unos cinco kilómetros del poblado de Axtla, en la Zona Media del Estado. El jeep se detuvo y no sin cierta dificultad, Villalba descendió. El laboratorio estaba a cargo del eminente epidemiólogo Joaquín Shumer, el cual al verlo se acercó para darle la bienvenida y comentar con él, los últimos reportes de la brigada. Se saludaron y se apartaron del grupo. Hablaron

un rato en voz baja; poco después, Villalba ordenó que regresaran todos: no había nada que hacer, los últimos habitantes de un poblado compuesto por 800 personas habían muerto. Para evitar que la epidemia, o lo que fuera se propagara, los cuerpos fueron enterrados en fosas individuales de 8 metros de profundidad y cubiertos con cal. Villalba pensó: la medicina moderna ha sufrido una de sus más espectaculares y vergonzosas derrotas. Durante el regreso perdió su buen humor. Se sintió contrariado y confuso. Al llegar se dirigió a un teléfono privado y habló con el Gobernador Jorge Smith. Luego de informarle sobre la situación, Villalba le dijo que sin duda se trataba de una guerra bacteriológica. Le solicitó más personal y le pidió que se informara al Gobierno Federal, para solicitar un plan de emergencia nacional. El Gobernador le dijo que se encargaría personalmente. Le dio las gracias y le pidió que descansara unos días. Villalba dijo que sí. Allá en, su despacho, antes de colgar el teléfono, Smith sonrió cálidamente a Martín Stoner. Villalba llamó a Shumer. Ya en privado, volvieron a analizar la situación. El viejo médico llegó a la conclusión de que se trataba de una guerra biológica; de que los virus por su estructura eran sintéticos, o habían sufrido una mutación genética inducida por algún científico. Le solicitó de nuevo el expediente. Lo leyó muchas veces y llegó a la conclusión de que era una guerra bacteriológica. Pero no supo por qué o de dónde venía. El viejo médico se puso de pie. Caminó hacia el centro de la habitación. Joaquín quedó a sus espaldas; Villalba no vio el momento en que Shumer sacó de la bolsa de su bata un pequeño aplicador en aerosol. No vio que lo oprimía discretamente; no vio cuando los microscópicos virus ingresaron a su cuerpo luego de recorrer una distancia inmensa para su tamaño; no vio cuando se alojaron en sus neuronas y comenzaron a trastornar las señales electrónicas de sus funciones neurovegetativas. No supo qué sucedió. Alfredo Villalba murió de súbito. Cinco segundos antes de expirar, volvió el rostro y miró la sonriente cara de Shumer. Eran las nueve de la mañana del día siguiente cuando Federico Wagner, asesor especial del Gobierno del Estado, pronunció unas breves palabras para legitimizar la toma de posesión de Joaquín Shumer, como nuevo Jefe del Departamento de Salud Pública, ante la súbita y dolorosa

muerte del doctor Alfredo Villalba. Al concluir la ceremonia, Wagner pensó: "Hay un enemigo menos".

CAPITULO NUEVE

El viernes por la noche azotó un fuerte vendaval sobre la ciudad, que derribó antenas, árboles y techos de lámina. Julio Ceballos pasó la noche en vela, escuchando el silbido del viento. Muy de mañana se bañó y fue a desayunar al restaurante La Parroquia. Poco después encaminó sus pasos hacia la iglesia de Catedral, donde desde hacía 5 años oficiaba su hermano Josué. El sagrado recinto estaba saturado de un penetrante aroma a incienso; Julio presintió que algo malo sucedería y decidió confesarse antes de ir a la misión clandestina. Antes de recibir la absolución, Julio sacó de entre sus ropas su diario personal y se lo entregó. luego besó la mano del sacerdote y abandonó el recinto. La familia de Caballos estaba integrada por los padres y cinco hermanos. Dos eran abogados, el mayor era sacerdote, había un médico y él, pensó, era el policía. Su padre era agricultor y siempre quiso que sus hijos vivieran en paz con los hombres; odiaba la violencia. En varias ocasiones habló con Julio para persuadirlo de que abandonara la policía y ejerciera su profesión de Psicólogo; una profesión que él consideraba tranquila y de gran ayuda para la humanidad. Pero Julio quiso ser policía. Caminó hasta cruzar la Plaza de Armas; antes de abordar su automóvil Julio vio cómo los rayos del sol besaban la fachada con arte barroco de la iglesia. Puso en marcha el motor y fue a su oficina; al llegar, seis de sus compañeros le dieron un panorama general sobre las novedades de la noche y tres de ellos le pidieron permiso de ir a desayunar. Julio entró a su despacho; era un cuarto con una amplia ventana que daba al oriente U edificio de Seguridad Pública, y que estaba ubicada en el segundo piso. Pidió a su secretaria un café. Revisó su agenda y se dio cuenta de que había dos investigaciones pendientes. Su despacho era acogedor y estaba alfombrado con una tela color rosa; los muros estaban pintados de rosa; su escritorio era amplio y sobre 61 había una montaña de papeles y una fotografía de Jenny. Entre la recepción y su despacho había unos siete metros; a la derecha de su escritorio estaba una pequeña mesa sobre la cual permanecía siempre encendido su radio policial, sintonizado en el canal 9 (el canal de emergencia. Su secretaria, una joven de 20 años, delgada y morena, tenía dos radios sobre su escritorio. Uno era de Banda Civil y el otro

enlazaba con la Cruz Roja. Había unos más en el salón de interrogatorios, que captaban los mensajes enviados a los 900 radios personales de frecuencia privada. Como todo buen policía, gustaba de practicar el espionaje; aunque esta actividad estaba prohibida por la Secretaría de Comunicaciones, en más de tres ocasiones logró detener delincuentes, gracias a la interceptación de mensajes privados. Todo estaba cubierto. Nada podía suceder en la ciudad, sin que él lo supiera ahí, sentado en su oficina color rosa.

Martín Stoner salió de la oficina del Gobernador Smith. En su mano izquierda llevaba el proyecto propuesto por Julio Ceballos, para realizar su misión clandestina. El objetivo era un pueblo ubicado a 150 kilómetros de la ciudad, en donde Inteligencia Militar informaba haber detectado el epicentro de la guerra biológica. Antes de abandonar la secretaría particular, por el interfón escuchó la voz de Federico Wagner que le llamaba. Entró de nuevo. Media hora después, salió llevando también en su mano izquierda, un comunicado de prensa redactado por Joaquín Shumer. El escenario estaba montado. A esa misma hora en su despacho, Ceballos revisó la copia de su plan de ataque, que días atrás había entregado al Procurador Stoner. Revisó los datos geográficos; las vías de escape; el número de vehículos; la cantidad de balas y de armas; la hora. Todo lo revisó cuidadosamente y comprendió que la misión era posible. Pero tuvo la corazonada de que algo saldría mal y de que no regresaría con vida. Estaba absorto pensando cuando su secretaria le dijo que habían asaltado un banco. Le informó haber escuchado por la radio, que dos ambulancias de la Cruz Roja recogerían unos heridos de bala en la calle 8 y 15. De inmediato se puso de pie y fue a confirmar la noticia. Tomó el micrófono y preguntó en clave al operador de la Cruz Roja:

- Atento Base Roja. Atento Base Roja. Aquí 60 Ceballos de Homicidios. Confirme. ¿Cuántos 14 hay?

- Atento 60 Ceballos. Mire, aquí hay dos 14 y tres 37 por herida de bala.

- ¿Cómo ocurrió?

- Sí, mire, tres hombres armados llegaron al Banco Nacional y se llevaron 1 millón de pesos, hiriendo a tres empleados y matando a dos policías. En este momento Barba Roja los está levantando.

- En qué huyeron, ¿sabe usted?
- Sí, mire, me informaron que van en una Caribe color blanca sin placas. Parece que los persigue la patrulla 04, con la cual se toparon hace cinco minutos en la avenida 36. Repito, sospechosos sobre la avenida 36.
- Bien. Iremos. Cambio y fuera, quedando en 42 para cualquier 15 en 12.

-43, 42.

Ceballos llamó a tres de sus elementos y les ordenó que prepararan la camioneta con plataforma de caza. Ellos bajaron primero al estacionamiento del edificio, y él se quedó checando la ubicación de los maleantes. Poco después entró un auxiliar comisionado en la frecuencia de Radio-Localizadores, para pasarle un mensaje interceptado para la clave 523. El mensaje decía que los asaltantes se habían introducido a una casa y que mantenían secuestradas a unas personas en la esquina de la avenida 36 y la calle 58 en la colonia Sur. Ceballos le preguntó de quién era la clave.

- Es de un periodista llamada Roberto Collis, le dijo.

- ¿Ha oído usted eso?, Le preguntó a la secretaria. ¡La gente prefiere avisarle a los periodistas que a la policía! Eso es insólito. En qué ciudad vivimos. Como si la muerte fuera un espectáculo de primera categoría.

Y salió.

En 10 minutos llegó a dos cuadras del domicilio indicado por la radio; antes había confirmado oficialmente la versión. Supo que cuatro patrullas los habían copado en la avenida 36 y la calle 58. Los bandidos se habían metido a una casa y tenían secuestradas a unas personas, y amenazaban con liquidarlas si no se les dejaba escapar; le informaron por radio que la casa estaba acordonada y que los delincuentes solicitaban que el cerco se rompiera.

La situación es delicada, pensó Ceballos.

Hizo una rápida evaluación de los hechos. Detuvo la camioneta a una cuadra de la casa y ordenó a sus hombres que se colocaran sus chalecos de malla. Apagó el radio empotrado en el tablero de la camioneta; descendió y tomó los binoculares para observar el lugar donde se guarecían los asaltantes. La fachada era color crema. Era una casa sin jardín al frente y a la izquierda de la puerta principal, estaba un buzón rojo. La puerta estaba al nivel del muro; preguntó

de qué sería el material. Nadie supo. Sus tres hombres se habían colocado los chalecos de malla; Julio les dijo:

- Vamos a entrar.

Manuel Retana, uno de sus agentes, le preguntó que si rodeaba la casa.

- No. Vamos a entrar.

- ¿Por dónde?

- Por la puerta de enfrente.

- ¿Por la puerta de enfrente?

- Sí. Con todo y camioneta.

Los hombres ocuparon su lugar; en la parte de atrás dos, y dos en el interior. Julio vio la casa y calculó que un impacto a 150 kilómetros era suficiente en una distancia de 10 metros, para derribar la puerta y el muro. Sabía que la vida de los rehenes estaba en peligro, pero tomó la decisión para darles un escarmiento a los bandidos. Siempre había creído que una policía débil es peor que un montón de bravucones con placa y pistola. Los hombres encargados de la ametralladora empotrada, sabían que tenían que disparar a dos metros de altura sobre la casa, para evitar el lesionar a sus propietarios; como buen psicólogo calculó que los bandidos sufrirían un shock emocional ante el súbito asalto acompañado por el ruido de la ametralladora y con esta convicción aceleró y enfiló rumbo a la casa. Los hombres que formaban el cinturón de seguridad creyeron estar presenciando una película; de pronto las imágenes sucedieron lentamente y el tiempo pareció moverse en sentido contrario. Vieron cómo la camioneta se precipitaba sobre la fachada de la casa color crema; oyeron el tabletear de la ametralladora y escucharon el taladrante sonido del claxon. Un metro antes de estrellar la camioneta contra la puerta y el muro, Julio desenfundó su pistola escuadra nueve milímetros; al impacto saltaron fragmentos de cristal, piedra y madera; de entre el polvo surgió Ceballos como si fuera un fantasma que brota de su féretro; se movió con rapidez, mientras buscaba nervioso a los asaltantes. La estrategia del ataque dio resultado; dos de ellos corrieron precipitadamente para salir por la puerta de la cocina. Fueron apresados. El tercero disparó sobre Julio, y éste, dando una maroma sobre su espalda, logró refugiarse en el dintel de una puerta y contestó el fuego. Cinco segundos antes de morir, el asaltante pensó en su madre; Julio le pegó

en dos ocasiones, uno de los proyectiles expansivos le dio cerca del riñón, el otro se le incrustó por el ano y le salió cerca del hombro izquierdo, dejándole un impresionante boquete. Cuando recibió los impactos iba corriendo por la escalera que conduce al segundo piso; al ser perforado por los pedazos de metal lanzó un grito y se desplomó accionando por reflejo su revólver. Julio miró el cadáver impasible. Pensé: ¿Cuántos hombres he matado en cumplimiento del deber? No pudo responderse. Guardó su pistola en la suave funda de ternera y regresó a la camioneta; sus hombres buscaban en la casa para saber si alguno de sus moradores estaba herido. De pronto escuchó unos sollozos. Caminó hacia el otro lado de la camioneta y encontró a una niña, de aproximadamente ocho años, que lloraba; tenía el pelo desordenado y el rostro sucio por el polvo; Julio la levantó y la abrazó tiernamente; le dio un beso en la mejilla izquierda al tiempo en que le preguntaba si se encontraba bien. Acompañando la voz con una lágrima le dijo:

- Sí, estoy bien.

CAPITULO DIEZ

Los rayos del sol iluminaron las nalgas de Ana Cellis.

La luz tímida de la mañana bañó su cuerpo tibio y desnudo que reposaba inmóvil, boca abajo, sobre la cama de agua. Javier Romel había dormido con ella, como lo hacía frecuentemente; despertó a las ocho y somnoliento se puso de pie para descorrer las cortinas oscuras. El resplandor de la mañana le ofreció una imagen visual reconfortante; sigilosamente se acercó y le besó las nalgas: era lo que más le gustaba de Ana. Le gustaba mirar y tocar sus nalgas blancas, redondas y duras; contempló extasiado su esbelto cuerpo y volvió a besarla. Ella sintió los besos en su piel y despertó.

- ¿Qué haces?, Le dijo.

- Beso tu piel, le respondió con una sonrisa maligna.

Ana se levantó ágilmente y fue a darse una ducha. Tiempo después salían para desayunar en un café al aire libre ubicado en una callejuela estrecha del jardín de San Francisco. Cuando llegaron estaba el grupo de periodistas bebiendo cerveza. De izquierda a derecha, en la amplia mesa cuadrada, estaban Carlos Stevens, Johnny Hardad, Laura Brandel y Roberto Collis. Dos eran los temas de la conversación: el hallazgo de una profecía indígena inscrita en una tablilla de piedra, y el reciente artículo de Laura sobre la teoría de Iván Pavlov. Ana Cellis lo invitó a desayunar para dar a conocer su descubrimiento, pero por costumbre las conferencias de prensa se convertían en amenas charlas sobre temas diversos. En esa ocasión se acordó que se tratarían los dos temas de importancia general. Sobresalía en el grupo Carlos Stevens; era un hombre de 35 años con el cabello blanco prematuramente y en su rostro redondo resaltaban sus ojos azules; Laura Brandel era la más extraña en el grupo. Se conocía poco su pasado; tenía la cara llena de barros, y a pesar de su recia personalidad, era introvertida. Johnny era homosexual, tenía la misma edad que Laura y desde que se conocieron se hicieron amigos inseparables. Roberto Collis era comentarista de televisión y locutor de una prominente cadena radiofónica; le gustaba practicar el hipnotismo y tenía una extraña biblioteca compuesta por volúmenes sobre magia y parapsicología. Libreta y grabadora en mano, el grupo registró el relato de Ana Cellis; les contó que la profecía tenía cierta coincidencia con la era

contemporánea, sobre todo por la gradual extinción del venado cola blanca. Les dijo que el descubrimiento de la tablilla representaba un giro de 180 grados en la historia de los Aztecas, y les confió que sin duda habían recibido la influencia de los Mayas, ya que fue la única tribu que arrojaba ofrendas en los Cenotes Sagrados. Sin duda, les dijo, entre esa tribu venían algunos sacerdotes Mayas, ya que había evidencias de una fusión o sincretismo, de ambas razas. Al terminar de dar la información hubo un silencio que Carlos Stevens aprovechó para sumergirse en sus cavilaciones sobre la identidad y el origen de Laura. La miró. Tenía a lo sumo 24 años y poseía una amplia cultura; lo que más le extrañaba era su comportamiento ante situaciones difíciles, porque no reaccionaba con las emociones tradicionales; llegó a creer que estaba atrofiada, o que de pequeña sufrió una tara mental. Recordó la discusión de Laura con el Ingeniero en Genética, Samuel Joaquín. Fue una tarde de hacía dos meses, cuando se encontraron en la redacción del periódico El Tiempo.

- Buenas tardes. Busco a Laura Brandel, dijo Samuel.

- Soy yo. ¿Qué desea?

- ¡Usted es inmoral! Le gritó. Usted ha escrito que intentamos producir mutaciones genéticas en los niños, mediante el bombardeo de sus genes con radiaciones nucleares. Debo advertirle que el Instituto de Ingeniería Genética, no realiza experimentaciones clandestinas y que atenten contra la salud de la infancia.

- Hubo una denuncia y yo escribí lo que escuché, replicó suavemente Laura.

- ¡No! No hubo ninguna denuncia. Hemos comprobado que el nombre de la persona que hizo esas declaraciones no existe en el supuesto domicilio que dio. Debo reconocer que hubo un accidente y que se liberaron radiaciones involuntarias; los niños afectados fueron llevados a la clínica de especialidades del Seguro Social. Pero de un accidente a un experimento peligroso, hay una gran diferencia. Usted debió investigar antes de escribir tanta infamia.

- Investigué, respondió nuevamente Laura con voz suave. Sé que hay dos casos más de niños con quemaduras radioactivas en el Hospital Materno-infantil, y que usted pidió que no se divulgara. Eso me llevó a la conclusión de que ustedes realizan algo fuera de lo común.

- Miente. Le he dicho que hubo un accidente: fue una fuga de radioactividad, pero la hemos reparado, además, los niños no morirán. En un par de semanas estarán bien de nuevo, ya que son sometidos a un moderno tratamiento de desintoxicación radioactiva, con un aspirador de partículas atómicas.

- Ustedes tratan de producir mutaciones genéticas...

- ¡Miente! Sus mentiras han provocado la paralización de nuestras investigaciones contra el cáncer. Usted debe saber que hay en el mismo edificio de Genética, la División de Investigación contra ese mal, que surge de una perturbación en las señales eléctricas de las células: el cáncer es un desorden eléctrico. Lo que usted ha hecho es terrible. Por lo pronto la Secretaría de Salud ha suspendido nuestras investigaciones, y existe la posibilidad de que el instituto sea clausurado. Laura insistió. El hombre al borde del paroxismo le gritó al tiempo que le escupía la cara. De súbito Laura se puso de pie y buscó desesperada mente su grabadora pequeña que siempre cargaba en su bolsa de mano. Caminó con ella en la mano derecha rumbo al corredor, mientras sus zapatos de tacón retumbaban en las duelas de madera. La encendió y una música clásica invadió el ambiente; elevó el volumen y Carlos reconoció la sinfonía número 40 de Mozart. Laura se sintió mejor, pero el iracundo hombre volvió a la carga. Con una voz ronca le gritó:

- ¡Usted es una maldita mentirosa!

- Laura subió todo el volumen y corrió hacia la puerta gris del sanitario. Luego comenzó a vomitar...

Carlos volvió mentalmente al presente. Se dio cuenta de que Johnny leía unos fragmentos del reciente artículo de Laura. Prestó atención.

- Es posible modificar las respuestas-consecuencias del hombre, mediante un programa de condicionamiento sobre la base de las teorías de Iván Pavlov

- La discusión sobre la validez moral de un entrenamiento de la humanidad, es absurda si se toman en cuenta los fines nobles que esta idea conlleva. Empero, el condicionamiento de los actuales comportamientos estandarizados por 10 mil años de entrenamiento para el mal, conllevan necesariamente a la construcción de una humanidad distinta y radicalmente opuesta a la ahora conocida. La ciencia no tiene sentimientos de culpa. La creación de nuevas percepciones mentales, como consecuencia del condiciona

miento (entrenamiento) de la humanidad, es hoy una probabilidad matemática. Hoy, algo lejano a nuestros ojos, está sucediendo

Johny guardó silencio. Nadie entendió la amenaza sutil que encerraban esos fragmentos, escritos por la extraña Laura Brandel. Todos guardaron silencio ante la llegada de los camareros. En verdad, era un grupo superficial que rechazaba las innovaciones radicales. Después de todo, ¿por qué intentar construir otro mundo, si éste era magnífico? A pesar de todo, sus días estaban contados.

CAPITULO ONCE

Julio despertó de súbito.

El reloj en forma de cubo (un cubo color naranja), marcaba las nueve de la noche. Por un momento en su sueño, al completar el orgasmo manual, se sintió sucio, culpable, cómplice de las tinieblas; pero pronto encontró la justificación a su retorno físico y mental de cuando tenía 16 años: a la muerte de Jenny sufrió un trauma que le bloqueó la capacidad de encontrar placer en compañía de otra mujer. Se aceptó. Salió del baño y fue al refrigerador para beber un vaso de leche fresca. Se sintió relajado. Bebió el vaso y miró a través de la ventana cómo una lluvia ténue salpicaba el cristal. En eso sonó el teléfono. Julio escuchó la voz de Martín Stoner que le dijo:

- Su plan es bueno y fue aceptado. En dos horas usted irá al lado sur de la penitenciaría y esperará en una pequeña puerta lateral, por donde introducen los alimentos. Esa puerta da a la cocina. Por ahí saldrá su grupo; encontrará también una camioneta combi con las llaves puestas. Irá a cumplir su misión; ahí, a tres kilómetros del poblado, encontrará un jeep. En él escapará usted y deberá dejarles la camioneta. No les diga nada sobre el otro vehículo ya que está reservado exclusivamente para que usted escape. Si algo sale mal, nosotros negaremos todo, ¿entiende?

- Sí. Comprendo perfectamente.

- Le deseo mucha suerte y cuídese. En caso de tener éxito la misión, venga a verme tranquilo, sin despertar sospechas. Nosotros, el Sistema, sabremos recompensarlo. Y recuerde: si fracasa, usted será el responsable; si tiene éxito, será recompensado, porque el Sistema es el Sistema. Buena suerte.

Y colgó.

A esa misma hora, Laura Brandel caminaba bajo la lluvia con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón negro. Sus fuertes pisadas hacían saltar pequeñas gotas de lluvia estancada.

Carlos Stevens la vio cuando cruzaba con lentitud la Plazo de Armas. Le dio la impresión de que sufría una crisis de nostalgia. Le gritó desde lejos:

- ¡Hey, Laura! Espérame.

Laura se detuvo. Antes de que se acercara completamente le preguntó:

- ¿Qué pasa?

- Nada. Sólo que te ví caminar bajo la lluvia y quise acompañarte.

- Me parece bien, dijo.

- ¿Qué rumbo llevas?

- Ninguno. Sólo camino.

- ¿Sabes? Me das la impresión de que eres una chica triste y que con frecuencia tienes crisis de nostalgia.

- Te equivocas. Disfruto de la existencia quizá más intensamente que tú. Y tengo mi esperanza puesta en el día en que...

- ¿En qué día?, Le interrogó rápidamente.

- No quise decir nada.

- ¿Quizá en el día en que te cases, o en el día en que vuelvas con tus padres?

- No tengo padres. Yo no nací. No nací....., es decir, los perdí cuando nací, dijo no sin cierta perturbación.

- ¿Y no los extrañas?

- No se puede extrañar lo que nunca se ha tenido, le dijo en tono suave, impregnado con un poco de nostalgia.

- No te comprendo.

- Bueno. Quise decir que ellos no forman parte de mi programa; ahora tomo mis propias decisiones y voy a donde quiero ir. Mi respuesta quiere decir que los perdí cuando era niña y no los recuerdo.

- ¿Y de qué programa me hablas?

Laura se sintió confusa, sin duda que el interrogatorio al que era sometida de súbito, le sorprendió, ya que caminaba sola por el parque bajo la lluvia con la intención de meditar en lo indefinido de su existencia. Con una leve inclinación de la cabeza se despidió y comenzó a correr. Antes de perderse entre los arcos romanos, Carlos la vio escuchar música en su grabadora de bolsillo, como aquella ocasión en que fue insultado. Le sorprendió su extraña actitud; le sorprendió la súbita huida; le sorprendió que en momentos de ansiedad escuchara música clásica. No se imaginó que era una sustitución de sus emociones.

CAPITULO DOCE

La noche se volvió espesa como la piel de África. A la hora convenida los cuatro reos salieron por la puerta lateral de la Penitenciaría, y Julio que los esperaba los condujo hacia la camioneta combi en medio de un discreto silencio. Poco después tomaron la carretera 80; Julio calculó que en tres horas llegarían a las cercanías del poblado Renacimiento Uno, enclavado en el corazón de la Sierra Madre Oriental, y en línea recto estaba a 20 kilómetros del cadavérico pueblo de Salaberna. Cuando el grupo estuvo a 10 minutos del objetivo, abandonaron la camioneta; Julio les entregó pantalones, sudaderas y chamarras de cuero de color negro, para ser un blanco difícil en la noche densa. Les dio pares de huaraches para simular, en caso de que se abriera una investigación, que había sido un ataque perpetrado por motivos regionales. Julio sabía poco sobre el poblado. Se le informó que eran unas 15 6 20 casas de construcción prefabricada y de manufactura extranjera pintadas de color naranja. Se le dio un mapa y los detalles generales de la geografía, pero no sabía nada más. Con movimientos nerviosos abrió una caja de madera en forma rectangular y entregó a los hombres revólveres calibre .38 con silenciador y les dio filosos cuchillos de caza: el escenario estaba montado. Con sigilo caminaron sobre la tierra lodosa; Julio iba al frente y advertido de que podía encontrar trampas o vigilantes, se movió cauteloso. A tres minutos del objetivo, Julio les hizo una señal con la mano y el grupo se detuvo. Hablando en voz baja les dijo que se separarían de dos en dos y que Paul y César atacarían la hilera de casas situadas a la derecha, en tanto que Rodrigo y Mauro harían lo mismo con la hilera de la izquierda, en tanto él recorrería las casas asaltadas para darles el tiro de gracia a sus ocupantes. Por un momento Julio sintió la necesidad de rezar, y muy adentro pensó que era una misión absurda y tuvo que vencer la tentación de dar una contraorden. Consideró que si regresaba a informar al Procurador que había fallado el plan y que sus compañeros estaban muertos (él los mataría), se quitaría un peso de conciencia, ya que era diferente enfrentarse a homicidas que atacar un pueblo por la noche y matar a sus ocupantes a mansalva; se sintió un poco confundido porque no encontró hasta ese momento ningún

tipo de resistencia o de vigilancia: no era del todo como le había dicho el Procurador Stoner, de que la misión era sumamente peligrosa. Volvieron a emprender la marcha sigilosamente; a un minuto del objetivo Julio sintió compasión, y para él, los habitantes de ese lugar habían muerto.

En ese instante pero a 150 kilómetros, le quedaban cinco segundos de vida a Johny Hardad. A sus 24 años fue obligado a morir sin estar seguro de que lo merecía. La vida de Johny transcurrió entre la frivolidad de sus padres, y sus conflictos interiores en la búsqueda del amor. Él explicaba que había dos tipos de homosexualidad: la femenina y la masculina. Y que ambas tenían dos causas de su manifestación: las deficiencias hormonales determinaban la inclinación de la libido, o los individuos padecían de fallas funcionales que los empujaban al placer contranatural. Y él admitía que su homosexualidad pertenecía a la segunda causa. Su niñez se desarrolló en un ambiente sobreprotegido, pues era hijo único; pero hubo un tiempo en que sus padres decidieron participar en la vida social más activamente, y lo abandonaron. Entonces se desarrolló su conflicto. Al principio brotó ténue, con inhibiciones. Luego se volvió franco y abierto. Los hombres penetraron sigilosamente al poblado. De súbito Julio notó que una brillantez dorada salía del interior de las casas; era una brillantez ténue, ligera. Los hombres penetraron al interior de los hogares y cumplieron su cometido; media hora después las camas se tiñeron de sangre. César se sintió excitado y comenzó a correr al tiempo que desenfundaba su cuchillo, y penetró a la séptima casa en donde comenzó a perforar los cuerpos aún tibios y flácidos. El resplandor amarillo fue testigo de su locura; los hombres como fieras hambrientas se arrojaron de nuevo sobre los cadáveres para saciar sus impulsos reprimidos por la sociedad y la ley; entonces, bajo la luz amarillenta de unos muebles dorados, Julio se dio cuenta de una cosa terrible. Se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

- ¡Dios mío! Son ancianos. Hemos matado a un montón de ancianos.

Las bestias enloquecidas de placer, habían comenzado a cortar en pedazos los cuerpos ensangrentados. Entonces, Paul les gritó frenético al tiempo que se detenía en la puerta de la séptima casa:

- ¡Vengan a ver! Los muebles son de oro fino, tan puro como el vidrio.

Llenos de júbilo abandonaron su tarea macabra, y comenzaron a saquear las casas. Julio corrió hacia las afueras U pueblo, mientras se tapaba los oídos para no escuchar las estrepitosas carcajadas. De súbito vomitó entre unos matorrales: de sus ojos comenzaron a brotar lágrimas; se sintió sucio; se sintió engañado y antes de perderse en la noche densa como los vellos públicos de las mujeres del trópico, gritó con todas sus fuerzas:

- ¡Martín Stoner, chingas a tú madre!

CAPITULO TRECE

El cuerpo de Johny estaba sobre la cama de Laura. La habitación casi en penumbra, fue invadida por una nube de periodistas y de agentes policíacos. La alcoba estaba llena de un perfume misterioso que, sin embargo, no pudo opacar el aroma de la muerte. La colcha de color naranja estaba endurecida por manchas de sangre seca; en el centro tenía bordado un extraño símbolo indígena (luego se sabría que era Maya. La policía avisó a los periódicos sobre el suicidio de Johny; el departamento de Laura estaba ubicado en la calle 3 y la avenida 15; era acogedor y sobresalía en sus interiores, una decoración cromática. La policía encontró sobre la alfombra amarilla, un vaso cuyo contenido fue examinado por el Laboratorio de Criminalística, en el cual descubrieron residuos de una droga depresiva mezclada con licor; algunos muebles tenían incrustaciones de vidrio dorado que resplandecía tenuemente. Eran las siete de la mañana cuando llegaron Roberto Collins y Carlos Stevens. La policía hizo circular un recado póstumo escrito por Johny, que decía:

"No se culpe a nadie de mi muerte. He preferido emprender ahora el viaje, antes de que los dioses emerjan de la tierra. Laura se ha ido. Me ha dicho que vuelve a su mundo con muros de oro. Me ha dicho que brotará de la tierra la Ciudad de Oro, y que yo no podré entrar porque soy inmundo. Yo la amo. Es lo mejor que me ha sucedido en esta puerca vida. Qué triste es mirar el crepúsculo sin ver que el sol agoniza en sus ojos. Que no se culpe a nadie de mi muerte".

El cadáver de Johny tenía un aspecto impresionante; sobre la parte superior M cráneo tenía un boquete sanguinolento; sus ojos estaban abiertos y en su rostro rígido había una expresión de miedo. El cerebro estaba destrozado y su masa encefálica se había desparramado sobre la colcha color naranja: Johny se disparó un balazo con un revólver Magnum 357. Carlos y Roberto abandonaron la recámara y bajaron las escaleras. Salieron a la calle sin decir palabras, pero en su interior trataban de asimilar la brusca determinación de Johny. Con un "te veré luego" Carlos se despidió de Roberto y comprendió que Laura era más extraña de lo que había imaginado. Su brusca desaparición estaba ligada a su destino. Martín Stoner convocó a una conferencia de prensa en su despacho. Era un rectángulo pequeño pero acogedor en el

cual amplios librereros guardaban celosamente obras sobre jurisprudencia. Los reporteros llegaron a las doce, cinco horas después de que habían cubierto la información sobre el suicidio de Johnny. El texto del comunicado entregado fue el siguiente:

- El Jefe del Departamento de Homicidios, Julio Ceballos, fue arrestado durante la madrugada, y confesó haber atacado a los habitantes del poblado Renacimiento Uno, en compañía de cuatro reos a los que ayudó a escapar de la penitenciaría; mataron a 15 matrimonios de ancianos.

La policía lo capturó cuando escapaba por la carretera 80, luego de haber recibido una llamada telefónica de uno de los sobrevivientes.

Julio fue internado en el Hospital General de Psiquiatría, en donde será sometido a un minucioso examen, ya que afirma haber actuado para salvar a la humanidad.

Por sus declaraciones se sabe que acompañado de cuatro reos que se fugaron por la puerta lateral de la penitenciaría al filo de las once de la noche, usando revólveres con silenciador y cuchillos de caza, dieron muerte a los ancianos mientras dormían.

- Los cómplices de Julio son- Rodrigo Gómez, César Montiel, Paul Dark y Mauro Moreliano. En conjunto, purgaban una sentencia por 127 años de prisión.

- La Procuraduría General de Justicia en el Estado, condena la masacre colectiva perpetrada por Julio y sus cómplices, y promete que caerá sobre él, todo el peso de la ley.

Atentamente. MARTIN STONER.

El Hospital General de Psiquiatría, está ubicado en las orillas de la ciudad por el rumbo de la carretera 57; para llegar hay que tomar una desviación al final de la avenida 18. El último tramo es sinuoso; el aspecto exterior es agradable, y da la impresión de ser un centro de recreo más que un hospital para locos. Roberto Collins llegó al filo de las cinco de la tarde de ese domingo 13 de octubre. Dejó su coche en el estacionamiento y caminó por una vereda de pasto húmedo y verde; antes de entrar se detuvo y contempló la fuente de aguas cristalinas donde nadaban tres patas. Empujó la puerta transparente y penetró. Al fondo un muro de cristal separaba el mundo real de lo irreal; en el centro había un pasillo de

cemento cuyo techo estaba formado por enredaderas; a los lados había cubículos pintados de color naranja. Roberto se acercó y solicitó a la recepcionista que le permitiera hablar con el director del hospital. Poco después llegó hasta él un hombre espigado, con el pelo blanco y poseedor de un par de ojos azul-gris. Le extendió la mano y le dijo:

- Soy Federico Wagner.

Ambos pasaron a su oficina; luego de pedir tazas de café, Wagner le preguntó sobre el motivo de su visita. Roberto le dijo que había estado en la universidad con Julio, y quería conocer su estado actual de salud. Wagner lo miró fijamente y le respondió:

- Ha desarrollado una esquizofrenia-paranoica, como consecuencia de su trabajo policíaco. Su obsesión por cumplir con la ley, ha desencadenado delirios de persecución. Será sometido a un tratamiento intensivo.

- ¿Y cuáles son sus niveles de recuperación?, Le cuestionó con inquietud.

- Ningunos. Este hombre no pertenece a la humanidad.

- ¿Puedo verlo?

- Sí. Pase usted por aquí, le dijo; al tiempo que señalaba una puerta color naranja.

Los dos se pusieron de pie casi simultáneamente. Abandonaron la oficina y cruzaron la puerta. Caminaron un poco y llegaron a una zona verde donde Julio, inmóvil, miraba sin mirar. Roberto observó la expresión absurda de su rostro y sintió compasión; sus facultades motrices se velan atrofiadas y por su boca escurría una espesa baba. Contempló de nuevo ese rostro estúpido y absurdo y volvió a sentir compasión. Antes de despedirse dilo:

- Ha enloquecido.

CAPITULO CATORCE

Diciembre de 1996.

El cadáver mutilado de Ana Cellis, fue descubierto flotando en el Cenote Sagrado, por un grupo de niños pastores, que de inmediato dieron aviso al Ministerio Público de Ciudad Valles. Días antes de su muerte, ella le dijo a Javier que abandonaría por unos meses la búsqueda de la Ciudad de Oro, y le contó que tenía varios indicios de que bajo el Cenote había una entrada subterránea a desnivel, que conducía a una ciudad construida posiblemente con el tesoro del Emperador Moctezuma. Le prometió que le daría "una sorpresa" bastante agradable. Pero ahora estaba muerta. A las siete de la mañana Javier Romel fue despertado por el insistente repiquetear del teléfono. Era la voz del fiscal Sergio Díaz, la que le informó del trágico accidente y le pidió que fuera para identificar el cadáver y efectuar los trámites legales para su recuperación. Le dijo que le faltaban las piernas y le recomendó que solicitara la ayuda del Departamento de Bomberos, para que enviara a su equipo de buceo y se pudieran recuperar los miembros faltantes. Sin reponerse aún del shock emocional, Javier llamó a Roberto y a Carlos para que lo acompañaran. El grupo salió a las ocho de la mañana. Al filo de la una de la tarde llegaron al Cenote Sagrado, donde las maniobras de rescate ya habían comenzado. El Cenote tiene una profundidad de 20 metros por 8 de ancho; sus aguas son turbias y sumamente frías durante la noche. Lo primero que encontraron fue la lámpara de Ana enterrada en el fondo; en un principio creyeron que las piernas estaban atoradas entre las ramas, y como a simple observación no las encontraron, bajaron ganchos de acero para explorar el fondo cenagoso. Al primer recorrido, los garfios chocaron contra algo duro y resbaloso; duraron 30 minutos en descubrir una caja de metal dorado y transparente, que brillaba con intensidad bajo la luz de sus linternas. Ayudados por cuerdas elevaron un poco la caja del fondo, y su sorpresa no tuvo límite, al descubrir el cuerpo de un hombre en su interior, que por las deformaciones de las ondas luminosas bajo el agua, adquirirlo un aspecto monstruoso; con esfuerzo y ayudados desde el exterior, subieron la caja. Luego, al continuar la búsqueda

encontraron otras tres. Los cuerpos dentro de las cajas de metal dorado, fueron identificados más tarde, como los reos que se fugaron de la penitenciaría y que eran buscados por la policía, debido a que participaron en la masacre del poblado Renacimiento Uno. Con cuidado las cajas fueron colocadas en la plataforma de una camioneta de rescate, que las llevó hasta el Departamento Médico Forense. Los cuerpos estaban secos, rígidos y en buen estado. El equipo de buceo trabajó hasta muy entrada la tarde, pero no lograron recuperar las piernas de Ana. Se abandonó la búsqueda cerca de las siete. Mientras la desesperanza invadía el corazón de Javier, en su oficina el fiscal platicaba con el médico legista, Ossie Azner.

- He practicado la autopsia a los cinco cadáveres. Creo que la mujer sufrió el desprendimiento de las piernas de una manera tan brusca, como si unas pinzas gigantes se las hubieran cercenado. Es increíble explicar cómo pasó le dijo Los otros fueron ejecutados con descargas eléctricas directamente al cerebro y los cuerpos presentan síntomas de violentas contracciones musculares. Hallé en sus nuca finas terminales de alambres de cobre; sin duda que nos enfrentamos a una tecnología muy avanzada.

- ¿Y quién pudo desarrollarla?

- No sé. Quizás en otro país.

Su diálogo fue interrumpido por el ayudante del fiscal, el cual le comunicó en forma agitada el reciente descubrimiento echo por la policía, que había interrogado a un ingeniero en metalurgia.

- Licenciado, las cajas donde estaban los cadáveres de los reos no son de cristal, son de oro tan fino como el vidrio.

Los hombres guardaron silencio.

Cerca de las nueve de la noche, Javier llenó los requisitos de ley y solicitó al Ministerio Público la devolución del cadáver y de sus pertenencias. En la fe se asentaba que Ana tenía un poco más de dos meses de estar embarazada: esa era la sorpresa que había guardado para Javier. El cadáver fue subido a una carroza y los tres abordaron el automóvil para regresar. Javier permanecía en silencio; de cuando en cuando lo rompía con un sollozo. Faltaban 25 kilómetros para llegar a San Luís Potosí, cuando Carlos sintió que el automóvil se zarandeaba y le pidió a Roberto que bajara la velocidad diciéndole bruscamente:

- ¡Aunque el carro es tuyo, no quiero morir sin haber amado!

Roberto hizo una mueca y aminoró la velocidad. El auto bajó una cuesta y al ascender por una prolongada pendiente, Roberto vio con terror cómo los faros de un gigantesco vehículo se venían sobre ellos. Con una maniobra ágil intentó esquivar el impacto y dobló hacia la derecha. El inmenso vehículo se fue sobre ellos: el choque fue brutal y antes de que volviera el silencio, pedazos de vidrio, de lámina, de fierros y de vísceras humanas, estallaron en la noche fría.

El incendio que ocurrió después, quemó los documentos personales de Ana, donde estaba el número telefónico de Javier y un mapa de la caverna subterránea que conducía a la Ciudad de Oro. Por la premura de la tragedia, nadie reparó en él.

CAPITULO QUINCE

El sacerdote Josué Ceballos tuvo un sueño inquieto. Se vio caminando a la orilla del mar en una playa solitaria. Luego el mar se tiñó de sangre; de sangre apestosa que luego se hizo verde. En el sueño tuvo asco y comenzó a correr bajo una lluvia de ceniza ardiente; el cielo pasó del gris a un tono amarillo y finalmente su piel se mojó de menstruación. Despertó con la frente perlada de sudor y sintió en su lengua el sabor de la menstruación que se pegó a su piel durante el sueño. Cerca de las siete ofició misa y luego tomó su maletín en donde colocó su estola; un frasco con agua bendita y el manual de Exorcismo. Antes de salir de la iglesia lo asaltó una duda: ¿Valía la pena romper el secreto de la confesión? Sin responderse del todo salió a la calle. A las nueve fue recibido por el Procurador Martín Stoner. Hablaron durante media hora, y finalmente el sacerdote fue al estacionamiento de Catedral para abordar su automóvil. Entonces comprendió que valía la pena romper el secreto de la confesión. Cerca de las diez llegó al Hospital de Psiquiatría. Dejó su vehículo cerca de la fuente donde nadaban varios patos; cruzó la puerta y entró al hall con suave voz solicitó hablar con el director Federico Wagner. Poco después lo recibió en su despacho estrecho, en donde sobresalían varios volúmenes de psiquiatría, acomodados en pulcros libreros. Notó que sobre el escritorio había un cenicero repleto de cigarrillos apagados a medio consumir. Wagner lo miró fríamente con sus grandes ojos azul-gris; estaba de pie con las manos dentro de su larga bata blanca. Su pelo lacio y blanco caía desordenadamente sobre su rostro fino; el sacerdote observó su mandíbula cuadrada y se dio cuenta de que a pesar de su espigada figura, era poseedor de una musculatura definida. Desde su un metro con 80 centímetros, Wagner rompió el silencio:

- Tenga usted la bondad de sentarse, le dijo al tiempo que señalaba un sillón de color negro.

- Gracias, le respondió el sacerdote con tono irónico.

- ¿Qué le trae por aquí?, Preguntó con voz cadenciosa Wagner.

- Doctor, estoy enterado de todo cuanto ha sucedido, y creo que la muerte misteriosa de mi hermano (mufló hacía 40 días), tiene relación con algo fuera de la ley.

- Dígame, ¿qué sabe usted?, Le inquirió Wagner.
- Antes, le diré que voy a romper el secreto de la confesión, y que estuve hablando con el Procurador Stoner. Él me dijo que usted respondería a mis dudas. ¿Es cierto?
- Depende de cuáles son sus dudas.
- Bien. Antes de ir a la misión secreta, mi hermano Julio me entregó su diario personal. En él describe la llamada del Procurador Stoner, y algunos detalles de la misión secreta, que posteriormente descubrí, no se trataba de algo peligroso sino de una canallada, ya que mi hermano fue engañado; Lo obligaron a cometer un crimen masivo, y posteriormente lo asesinaron porque sabía demasiado. Hizo una pausa. El rostro de Wagner no deja escapar-ninguna sorpresa. Luego prosiguió:
 - La muerte de Julio; la muerte de Carlos, de Roberto, de Javier, de Johny y de Ana, no son sucesos aislados ni fortuitos; yo creo que han sido planeados para ocultar la verdad. Y si usted no me dice la verdad, iré al Vaticano, iré ante el Gobierno Federal, iré ante Inteligencia Militar, que no estaba enterada de las órdenes del Procurador, e iré a los medios de comunicación para denunciar sus misteriosos planes. Le advierto Stoner dijo que usted era el poseedor del secreto, y que me haría algunas revelaciones. Guardó silencio y esperó una respuesta.

Wagner levantó el intercomunicador y pidió a su secretaria que llamara de inmediato a sus colaboradores. Un segundo más tarde, le pidió al sacerdote que esperara y le ofreció una taza de café, que él mismo preparó.

Veinte minutos después, entraron al despacho varios hombres, algunos conocidos por el sacerdote en forma personal, y otros a través del periódico y la televisión. Al final del grupo entró el Gobernador Jorge Smith. El sacerdote se sorprendió al encontrar varias personas prominentes, como colaboradores de Federico Wagner. Se repuso y preguntó:

- ¿Son sus colaboradores en qué proyecto?

- Usted quiere saber la verdad y la sabrá, le dijo Wagner.

En silencio se acercó hasta el muro que quedaba a la derecha del sacerdote, y oprimió un botón. El muro que estaba a sus espaldas comenzó a descorrerse; el psiquiatra hizo una señal al grupo y cruzaron por el espacio abierto. Se acomodaron en sillas ordenadas alrededor de una mesa rectangular; la habitación era más amplia que la otra; estaba mejor

iluminada y en los muros había una serie de diseños y de símbolos que después comprendería.

- Tengo el honor, le dijo Wagner, de presentarle a mis colaboradores en el proyecto que hemos denominado "La Sociedad sin Emociones". De izquierda a derecha están: El Ingeniero Agrónomo Félix Wald, Director de la Penitenciaría; Martín Stoner, abogado y Procurador de Justicia; Jorge Smith, Físico Nuclear y Gobernador del Estado; Joaquín Shumer, Epidemiólogo y Director de Salud Pública y el Economista Daniel Scrauf No son todos. Es una parte del inmenso material humano que este proyecto ha requerido, pero son los que más íntimamente conocen los detalles de esta obra majestuosa: la Arquitectura de la Humanidad del Futuro.

Wagner guardó silencio.

Enseguida agregó:

- Hay, dentro de la superestructura del proyecto, Pedagogos, Filósofos, Militares, Escritores, Ingenieros en Genética, Geólogos, Químicos. En suma, hemos agrupado y coordinado todas las ramas de la ciencia, en un esfuerzo de 30 años para sintetizar todo el saber de la humanidad. ¿Comprende usted?

- ¿Qué quiere usted decir con la Sociedad Sin Emociones?

- Le explicaré visualmente. Permítame.

Wagner se puso de pie y fue hasta el muro que estaba a sus espaldas, nuevamente oprimió un botón y superficie del muro se corrió hacia la derecha, dejando un diseño al descubierto.

- Ponga atención, le dijo. Creamos tres niveles.

En el primero estaba el Centro de Reproducción y era el poblado de Renacimiento Uno. Los 15 matrimonios se reprodujeron por años y de ellos obtuvimos niños que posteriormente hicimos descender al segundo nivel.

De súbito fue interrumpido por el sacerdote.

- ¡Entonces por eso enviaron a Julio para liquidarlos!

-Sí, respondió Stoner. Para incrementar sus niveles de reproducción, tuvimos que someterlos a un tratamiento hormonal que les provocó envejecimiento prematuro; al llegar a la senectud artificial, tuvieron un shock comenzaron a volverse peligrosos porque reclamaban sus hijos. Amenazaron con revelar la verdad si no se los entregábamos. Les pedimos tiempo y enviamos a su mano. Fue una lástima que se sintiera desconcertado amenazara con revelar los

planes; murió porque le íntimos una sobredosis de Diazepam, causándole un paro cardio-respiratorio.

Hubo un silencio. Luego continuó Wagner.

- Los niños en el segundo nivel, fueron condicionados, entrenados, para que sus res puestas-consecuencias fueran diferentes a las tradicionales. Iván Pavlov sentó las bases de la Sociedad sin Emociones, al descubrir que la conducta anormal era un desequilibrio entre procesos excitadores e inhibidores del organismo. Las Reacciones anormales de los adultos, sus temores, sus obsesiones extrañas, son respuestas inadecuadas a los estímulos externos que ahora son explicadas por los mecanismos de sustitución a través de un acto condicionado. El Sistema Nervioso Central, se compone de dos secciones. Una estimula y la otra inhibe las respuestas orgánicas. Una de las características de las emociones es la liberación de procesos inhibitorios debido a la paralización del control y de la conducta racional; la descarga emocional es un estado de excitación en que el organismo es sacado de equilibrio y la transferencia domina las proyecciones afectivas. Lo que hicimos con los niños fue reordenar la expresión de sus emociones, no suprimiéndolas, sino condicionando sus respuestas-consecuencias. Los niños fueron sometidos a programas específicos de laboratorio, como antiguamente se hacía con monos, ratas y perros. El entrenamiento concluyó hace años, pero decidimos esperar que madurara la sociedad que, sui géneris, ellos han perfeccionado. Quiero recalcar que no eliminamos los estímulos opuestos, ya que de lo contrario las conductas alcanzadas desaparecerían. Entre ellos hay competencias deportivas, intelectuales, físicas y emocionales, pero son incapaces de elegir el mal.

De súbito con la cara roja por la ira, el sacerdote se puso de pie y gritó:

- ¡Esto es absurdo y aberrante! Han creado robots. ¡Los han despersonalizado! ...

- Usted está equivocado, le dijo Wagner. Ellos tienen inteligencia y voluntad. Pueden elegir entre el altruismo, la solidaridad y el amor. Ellos son incapaces de expresar celos, iras, avaricia, promiscuidad, odio. Son una especie inteligente sin capacidad de elegir el mal: son la humanidad sin pecado.

- ¡Mienten! Ustedes son perversos. Dios creó hace mucho ese tipo de sociedad: creó a los Ángeles. ¡Ellos son seres incapaces de expresar sus emociones!

- Usted está equivocado. Los ángeles sintieron ambición y se rebelaron, de acuerdo a la teología judía. No eran perfectos; la perfección consiste en no elegir el mal, le dijo Wagner. Y ahora quiero explicarle algo más. Hicimos un intento por adaptar a uno de esos jóvenes a su mundo; al mundo que no les pertenece, y fracasamos. Laura Brandel fue un intento nacido del amor que teníamos para nuestros semejantes: tuvimos que eliminarla porque se contaminó con su desgracia y antes de morir nos dijo: La humanidad es la humanidad. Por eso, como condición de su supervivencia, es menester que esta humanidad, incluyendo los arquitectos de esta magna obra, tengamos que desaparecer. Ellos habitarán la tierra luego de que hayamos muerto: ¡La humanidad morirá para dejar su lugar a la Sociedad sin Emociones!

- ¡Usted está loco! Todos están locos: ¡esto es una pesadilla y ustedes están poseídos por el diablo!

Wagner golpeó la mesa y señalando al economista Daniel Scrauf, le pidió que le explicara un poco más sobre la nueva humanidad.

- En el tercer nivel, le dijo, hemos construido una ciudad en lo que eran las ruinas de la Ciudad de Oro, construida por los Aztecas con el Tesoro del Emperador Moctezuma. Modernizamos la ciudad, y les dimos estructuras económicas nuevas. Contarán con los recursos que la antigua humanidad dejará; pero no habiendo ambición, no habrá papel moneda ni trueques. Cada uno producirá los minerales, vitaminas, proteínas, calzado, vestido y cosechas agrícolas que necesiten. Se controlará el éxodo y no existirá la barrera del lenguaje. La ciudad será expulsada a la superficie en unos días y entonces, ellos partirán de la evolución hacia la evolución.

Scrauf guardó silencio. Wagner le pidió a Stoner que continuara la explicación.

Stoner dijo:

- Una sociedad sin pecado, no necesita leyes ni cárceles, ni jueces, ni policías, ni armas. Hace tiempo que rompimos contacto con ellos, para no contaminarlos. Sé que han creado sus costumbres y una estructura de organización; no hay

gobierno, cada uno sabe gobernar su vida. No hay tampoco lucha de clases. Su única preocupación es estudiar y perfeccionarse física y mentalmente. No dudo que en unos años logren construir el paraíso.

A continuación tocó el turno a Jorge Smith.

- Hemos, dijo con voz aguda, creado una central de energía nuclear, y tengo entendido que ellos han desarrollado nuevas teorías sobre el campo unitario. Empiezan a planear viajes a la velocidad de la luz, y han calculado que nuestra Galaxia entrará en colisión con otra, que les permitirá hacer contacto con inteligencias superiores, o iguales. Cada cual adora a su propio dios, ya que les hemos dado información sobre la historia de las religiones; nadie hace proselitismo. No conocen los vicios tradicionales de la humanidad, como el tabaquismo, el alcoholismo y la perversión sexual. El mejoramiento genético comienza a perfeccionarse; les hemos heredado toda la ciencia y toda la tecnología hasta nuestros días y ellos han sabido aprovecharla. Tienen una estructura educativa similar a la actual; la preparación intelectual es obligatoria. Al obtener un grado universitario pueden casarse, las parejas controlan la natalidad y ellos resolverán en su momento, qué hacer con los ancianos, con los inútiles y con los locos. Quizá los supriman de la manera menos dolorosa...

- ¡No!, Gritó el sacerdote. Ustedes están locos y voy a denunciarlos. Voy a impedir sus propósitos. ¡Blasfemos! ¡Anticristos!

Wagner lo interrumpió bruscamente. Lo levantó con violencia y lo llevó a la ventana.

- ¡Asómese usted le ordenó!

El sacerdote se vio caminando afuera, en el jardín, bajo un cielo luminoso.

- ¡Usted no existe! Lo hemos duplicado

CAPITULO DIECISEIS

Wagner se puso de pie y caminó hacia la ventana. Miró con nostalgia el horizonte negro; miró su reloj: iban a ser las diez. Llovía. Sus ojos se detuvieron sobre las gotas de agua pegadas al cristal; la noche húmeda y fría acrecentó su nostalgia. Era el último día de su vida; meditó brevemente sobre su pasado y recordó a los hombres borrachos que asesinaron a su madre luego de violarla. Esos hombres (hombres corpulentos en medio de la noche), eran ahora una percepción universal. Volvió a mirar la ventana; vio las gotas de lluvia que se estrellaban con violencia, con furia, como esa furia en su interior que ahora se estrellaba sobre la humanidad. Vio su despacho de 5 metros de largo por 12 de ancho; se alejó de la ventana y cruzó el muro abierto; evocó su casa con muros de ramas y sintió el calor pegajoso de las noches sin luna de Salaberna. Miró de nuevo su reloj: las diez. Miró la fecha en un calendario que tenía impreso un campo con flores blancas: 31 de diciembre de 1996. Vio su librero repleto de obras científicas que explicaban el origen del mal; sintió que su cuerpo flotaba en el espacio sin tiempo (en el in espacio. Vio la cápsula de cianuro con revestimiento frágil y se estremeció (le quedaban 10 segundos de vida); se acercó a los muros blancos y enfrentó su rostro con un espejo. Contempló su cara ajada por el tiempo (y por la agonía); pensó que la muerte es la desconexión de las percepciones. Ocho horas después de su muerte (de su suicidio), brotaría de las entrañas de la tierra la Ciudad de Oro. Caminó despacio por el salón de conferencias; vio el cuerpo de sus amigos inmóviles; fríos y muertos y recordó el cadáver ensangrentado de su padre dentro de un ataúd de madera tosca sin pintar; oyó cómo las piedras sedientas chocaban sobre el ataúd de su madre; por un instante que casi sintió eterno, comprendió la nostalgia de la soledad (su incapacidad de amar); se acercó al muro blanco y abierto que mostraba en sus entrañas (entrañas de metal), los botones de una computadora. Se acercó hasta que sus dedos despertaron Y se irguieron ante el último desafío; levantó sus brazos hasta que los dedos hicieron contacto con los botones fríos y sus ojos quedaron fascinados por el juego de luces multicolores intermitentes. Recordó la navidad de hacía 45 años; recordó frente a la computadora el día en que su madre fue violada;

recordó el día en que aprendió a odiar el pecado. Acercó los dedos y sintió los botones duros; su olfato percibió el aire fresco de la noche, que se colaba por una pequeña rendija de la ventana. Aspiró con fuerza. Escuchó los múltiples sonidos. Que emanaba la computadora y creyó escuchar un canto de victoria. Miró el tablero electrónico y luego la pantalla; comprobó que los satélites estaban listos para dejar caer sobre los

Cinco Continentes, una lluvia de proyectiles con virus sintéticos que se autodestruirían en ocho horas: En ocho horas el planeta sería desinfectado de basura humana. Programó la computadora y pensó que en cuatro horas 4 mil millones de personas estarían muertas, y mil saldrían de la tierra para reconstruir el caos y la desolación. La Ciudad de Oro brotaría al amanecer, como en su sueño; como en el sueño aquel que tuvo en la universidad. Apretó el botón y la cuenta regresiva comenzó; retiró sus dedos y regresó por el mismo camino; vio a sus amigos de la infancia (de la infancia en la universidad, de esa infancia), que estaban muertos y rígidos sobre la mesa de caoba (de bruceas sobre la mesa rectangular. Sonrió. Ahí estaban sus fieles amigos: Joaquín Shumer, Martín Stoner, Félix Wald, Jorge Smith y Daniel Scrauffl terminó por fin el prolongado camino de regreso (el camino que recorrió toda su vida) y llegó a su escritorio en donde tantos años programó y llegó a sentir su final. Miró su reloj: eran las diez y unos segundos. Su mano tembló cuando como la cápsula de cianuro con envoltura frágil; la tocó suavemente con los dedos de la mano izquierda (la tenía en la derecha); recordó el cuello de su madre abierto, por el cual brotaba abundante sangre; sangre que se mezcló con el polvo (polvo con sabor a boñiga. La hora de morir había llegado (pensó en el cuerpo duro y muerto de su padre); se tragó la cápsula (tuvo que vencer el deseo de quedarse y contemplar el nacimiento de sus hijos. Antes de sumergirse para siempre en el in espacio (en el no-tiempo), sintió en su lengua el sabor amargo del cianuro...

**Y el Diablo que los engañaba,
Fue lanzado al lago de fuego,
Donde estaba la bestia y el falso profeta.**

Apocalipsis capitulo 21